

Naturalizando la nación: aliens, apocalipsis y el estado postcolonial*

Jean y John L. Comaroff
Universidad de Chicago

PROLEGÓMENO

El Calor Blanco del Apocalipsis, o ‘La Semana en que Ardió el Cabo’

Esta semana, los helicópteros, sobrevolando presurosos los resplandecientes viñedos de Constantia, se convirtieron en el “tema principal” del Cabo de las Tormentas, mientras la Península estallaba en llamas produciendo escenas que bien podían haber salido de una película de desastres épicos.

Desde las playas de Muizenberg, columnas de humo se elevaban por encima de las montañas... Parecía el iracundo Vesubio enterrando a las víctimas de Pompeya que huían...

Recortados contra el cielo, minúsculos helicópteros zumbaban como mosquitos, heroicos en su intención, mas sólo contribuyendo a la sensación de desamparo mientras lanzaban sus... inútiles bombas de agua tratando de frenar... el avance de las llamas enloquecidas.

Mail & Guardian, Johannesburgo, 21-27 enero de 2000, p.6¹

¿Qué nos pueden decir los desastres “naturales” acerca de la ecología de la nación, o sobre la difícil situación actual del estado-nación postcolonial? ¿Cómo podría el resplandor de una catástrofe medioambiental iluminar el significado de los márgenes y la torturada política de la pertenencia? ¿Cómo podría la naturaleza reconstruir la nación bajo condiciones neoliberales? ¿Cómo y porqué, para ser más específicos, pueden las plantas, y en especial las foráneas, convertirse en un asunto urgente de Estado? Y, ¿qué nos pueden revelar acerca de las cambiantes

relaciones que se entablan entre ciudadanía, comunidad e integridad nacional en la era del capitalismo global? Si seguimos la pista de estos interrogantes hasta Sudáfrica, nos enfrentamos con las dos caras de la “naturalización” en la política de la antigua colonia: una hace referencia a la asimilación de personas, signos y prácticas extranjeras dentro del orden establecido de las cosas; la otra, al despliegue de la naturaleza como excusa, como fértil alegoría para tornar extraños personas y objetos, y fraguar así nuevas distinciones políticas y sociales. Pero volveremos a estos temas teóricos -la naturalización, el estado postcolonial, la ecología de la nación- en su momento.

En primer lugar, sin embargo, veamos la historia del incendio.

Apocalipsis al estilo africano.

El cambio de milenio llegó y se fue de Sudáfrica sin incidentes, a pesar de los temores públicos generalizados de violencia y destrucción masiva. Pero dos semanas más tarde, Ciudad del Cabo ardió. En una tarde de sábado inusualmente calurosa y seca, la sabana se incendió de repente en varios puntos a lo largo del área metropolitana. Vientos tormentosos provenientes del sureste transportaron murallas de llamas por encima de la imponente espina montañosa de la Península del Cabo, amenazando por igual mansiones históricas y asentamientos ilegales. A medida que los que se hallaban en la senda del infierno eran evacuados, la televisión sudafricana emitía imágenes diferentes de la colaboración ciudadana: los pobres ayudándose unos a otros a transportar sus míseras posesiones desde las chabolas siniestradas; los ricos arrojando sus objetos de valor en las piscinas y haciendo filas para pasarse cubos de agua².

El lunes, mientras el matorral continuaba ardiendo, helicópteros de las fuerzas aéreas dejaban caer miles de toneladas de agua sobre las llamas. Los voluntarios se sumaban a los bomberos de emergencia que fueron traídos desde la lejana Pretoria, a más de 1500 km. al norte. Noche y día se emitían reportajes que contaban angustiosas historias de leopardos y avestruces asados vivos en los parques naturales de la zona, de famosas iglesias sucumbiendo bajo el fuego, de viñedos de renombre mundial arrasados hasta quedar reducidos a rescoldos. La ciudad madre se sofocaba bajo un manto de humo, mientras una lluvia de cenizas caía sobre sus playas y bulevares. La polución del aire aumentó en un 20 % causando el cierre de la mayoría de las carreteras principales. En la sede naval nacional se canceló el permiso de salida de los marinos a la costa al ser devorados por las llamas sus principales edificios administrativos.

En total, unas 9000 hectáreas ardieron. En las montañas, el fuego permaneció tristemente latente durante semanas, al igual que el ánimo de la población. Se presentaron cargos contra un hombre que atacó brutalmente a un joven al que creía culpable de haber provocado un incendio en una carretera rural³. Las acusaciones se dirigían en muchas direcciones, ninguna de ellas fortuita desde el punto de vista político. El fuego es un mal endémico de la región, necesario para la regeneración de su vegetación; aquellos que se benefician de su munificencia no tienen otra opción que la de vivir con el riesgo. Pero este incendio sin precedentes aumentó los temores acerca de la continuidad misma del reino natural en el “Cabo más hermoso”. Durante semanas, el incendio, que algunos catalogaron como de “holocausto”, centró el discurso público. Las cicatrices de rencor que dejó, y sus proporciones apocalípticas, evocaron ansiedades elementales, provocando un deseo casi obsesivo de interpretarlo como un presagio, un enjuiciamiento, una llamada a las armas. Este proceso de “adivinación pública”-el debate en las calles, los medios de comunicación, las salas de gobierno-subrayó la compleja ecología social, de donde el fuego había surgido, permitiéndole arrojar una penetrante luz en las condiciones-de-existencia del Estado postcolonial.

El Apocalipsis, por supuesto, pronto se hace historia, en un proceso que Davis denomina “la dialéctica de los desastres cotidianos”⁴. De este modo, mientras que en los primeros momentos de la discusión sobre el fuego, ésta fue violenta y confrontada, reflejando las diversas facetas de los intereses de la comunidad, con el tiempo se reduciría a una única interpretación dominante. Esta interpretación nunca fue compartida por todos. Como veremos, algunas personas ofrecieron una lectura completamente diferente, aunque ésta apenas tuvo eco en el debate de los medios de comunicación. Así, la visión dominante *terminó* dibujando un amplio consenso, suficiente como para que se autorizaran acciones gubernamentales contundentes y una amplia colaboración cívica. Esto fue, con toda claridad, un ejemplo de “ideología-en-construcción”. Como tal, su eficacia se basaba, en primer lugar, en la producción de explicaciones plausibles y minuciosas sobre la expansión del fuego. Pero también tuvo éxito al hacer que las llamas iluminaran un paisaje implícito de preocupación y ansiedad, de inclusión e intrusión, prosperidad y pérdida. A través de un puñado de referencias cargadas de significados, se unió el incendio con otros dominios de la experiencia pública, en los que las imágenes naturales enmarcaron temas ineludibles acerca del ser-y-la-identidad, especialmente en lo relativo al ser y a la identidad en el seno del “nuevo” estado-nación.

Al calor inicial del suceso, se barajó la hipótesis del incendio accidental, provocado tal vez por una colilla mal apagada o por alguna barbacoa abandonada.

Pero esto fue rápidamente superado en la “opinión oficial” para dar paso a la idea del incendio provocado, una teoría apoyada por evidencias circunstanciales. Algunos incluso quisieron ver en el desastre un nuevo frente en la campaña de terror urbano, atribuida principalmente al fundamentalismo islámico, que se había apoderado de la Península del Cabo durante varios años⁵. Entonces el discurso cambió bruscamente de dirección, dando luz a una etiología que enraizó con extraordinaria fuerza: con independencia de lo que lo hubiera originado, el incendio adquirió escala catastrófica por culpa de plantas invasoras foráneas que arden más rápidamente y con más fiereza que la flora nativa. Puede que el fuego sea un “elemento natural” del ecosistema del Cabo, atestiguaron los consejeros del gobernador, pero la presencia de estas especies invasoras ha cambiado significativamente dicho sistema⁶. La agresividad hacia estos intrusos creció firmemente, especialmente en la prensa angloparlante; los medios de comunicación afrikaans tuvieron una actitud algo diferente (como se verá más adelante). Los terratenientes que habían permitido supuestamente la expansión incontrolada de estas plantas intrusas fueron denunciados por poner en peligro la vida e incluso “nuestra herencia natural”⁷.

Nótese: “Nuestra herencia natural”. La herencia se ha convertido en una construcción que conjurar mientras los mercados globales erosionan la propia riqueza de las naciones, forzándolas a re-definir su sentido de patrimonio. Y su valor material: el alcalde de Ciudad del Cabo, por ejemplo, describe habitualmente la *Table Mountain* como una “inspiración nacional”, cuya valía se “mide gracias a cada visitante que atrae”⁸. No es coincidencia que Sudáfrica esté comprometida actualmente en una puja para lograr que la Península del Cabo sea declarada “Patrimonio de la Humanidad” en reconocimiento a su excepcional biodiversidad. Esta herencia se personifica, por encima de todo, en el *fynbos* (en afrikaans, “arbusto hermoso”; del holandés *fijn bosch*)⁹, los *sclerophyllous*, de pequeña hoja, arbustos y brezos siempre verdes que dominan la vegetación de las montañas y de los promontorios costeros del Cabo¹⁰. El *fynbos* se ha convertido, en décadas recientes, en la principal encarnación de las frágiles y enriquecedoras bellezas de la región. A medida que esto ocurre, los biólogos medioambientales locales se muestran más convencidos de que este bioma está atrapado en un mortal cerco con los intrusos invasores, que amenazan con reducir su riqueza a una “monotonía impenetrable”¹¹.

El incendio trajo todo esto a colación. “*Wake Up Cape Town*”¹² se exclamaba desde impactantes titulares sobre la imagen de un lirio rojo fuego que se alzaba, cual Ave Fénix, sobre un lecho de cenizas. Los esfuerzos de los botánicos para calmar la histeria (insistiendo en que el “incendio en el *fynbos*

[era] normal” y no una “colisión de trenes en términos de biodiversidad”¹³) tuvieron muy poco efecto en el ánimo de la gente. Un dibujante de tiras cómicas, permitiéndose un raro momento de ironía que asestó un efectivo golpe en medio de tanto ansiedad milenarista, dibujó un OVNI flotando sobre Ciudad del Cabo, mientras la ciudad se hundía bajo un mar que crecía como consecuencia del recalentamiento del planeta y los picos de sus montañas aparecían totalmente cubiertos de flora invasora. Mirando hacia abajo, curiosos, los ocupantes de la nave espacial declaraban: “Parece que tienen problemas con alienígenas (*aliens*)”¹⁴.

¡Verdaderamente un problema con alienígenas! Lo supiera o no, el humorista había puesto el dedo en la llaga: la ansiedad sobre la flora foránea apuntaba a algo más profundo, un paisaje sumergido de terror cívico y alarma moral. Significativamente, un ingenioso titular que apareció en respuesta a las desastrosas inundaciones que, dos semanas después del incendio, acaecieron en el norte decía así: “Primero incendios, ahora inundaciones ¿próximamente una lluvia de ranas?”¹⁵. Para entonces no resultaba sorprendente leer que “inmensos bosques de árboles invasores” eran, en opinión de los expertos, “culpables de todos los problemas” de la anegada provincia de Mpumalanga¹⁶. En esta región, una de las menos fértiles del país, las interminables plantaciones de las poderosas corporaciones madereras fueron descritas como “largas hileras de ‘alienígenas’ (*aliens*) invasores” y se les acusó de impedir que las plantas nativas actuaran como “esponjas naturales”¹⁷ que redujeran el alcance de las inundaciones. Mientras esto ocurría, se publicó una historia en la prensa nacional que, aparentemente, nada tenía que ver con todo esto. Narraba la redada que la *Aliens Investigation Unit of the South African Police Services* había realizado en un lujoso club de Johannesburgo, bajo la sospecha de que empleaba a un creciente número de prostitutas extranjeras sin papeles ni supervisión médica¹⁸. En cuestión de días se prometió a la opinión pública, de nuevo a través de titulares sensacionalistas, la adopción de medidas legales “semejantes a las americanas para librar a Sudáfrica de los extranjeros (*aliens*) ilegales”¹⁹.

¿Qué era exactamente lo que estaba en juego en esta cadena de concienciación manipulada por los medios de comunicación, esta letanía de “alien-nación”? ¿Porqué esa tendencia a “culpar a las malas hierbas”, tal y como escribió un periodista?²⁰ ¿Qué nos dice del significado de los pánicos morales dentro de Sudáfrica, o sobre la percepción de amenazas contra la nación y su patrimonio? Observadores de todo el mundo han advertido que una apasionada retórica de la autoctonía, que tiene a la extranjería como el contrapunto negativo, se ha colado a finales del siglo XX, situándose junto a otras imágenes de pertenencia. También se han percatado del incremento en el mundo de una

suerte de “fetichismo” de los orígenes opuesto al credo liberal del *laissez-faire*²¹. Pero, ¿por qué? ¿Por qué, en la coyuntura de la historia de los estados-nación postcoloniales, y de Sudáfrica en particular, la cuestión de los límites y su transgresión, de la pertenencia y la ciudadanía, se han convertido en una materia tan candente? ¿Por qué la naturaleza se presenta a sí misma a través de la imagen de un arbusto en llamas, como una persuasiva excusa para la concepción del carácter de la nación y sus fronteras? Y, ¿cómo, en cambio, la naturalización de la nacionalidad se relaciona con la construcción de viejas identidades plasmadas en términos de historia, cultura, raza y etnicidad? ¿Podría ser que el discurso que articula los temores de la opinión pública sobre las especies vegetales invasoras nos hable de un problema existencial actual que se hace sentir en el mismo corazón de los estados-nación de todo el mundo? ¿En qué consiste la integridad nacional, qué pueden *significar* el concepto de nación y el de pertenencia, qué derechos morales y materiales pueden acarrear en un tiempo en el que el capitalismo global parece poner en peligro las fronteras de soberanía en todo lugar, desplazando la política tal como la conocemos?

Estas preguntas no pretenden arrojar dudas acerca del peligro real de los incendios e inundaciones, ni sobre los esfuerzos para explicarlos y manejarlos haciendo referencia a los efectos que han tenido sobre ellos la flora importada. De hecho, es precisamente *porque* estas cuestiones son reales y urgentes, por lo que se nos plantean tan cargadas de significados. Pero el grado en el que los elementos foráneos (*aliens*) de todo tipo se convirtieron en una preocupación pública en Sudáfrica justo tras el fin de milenio, sobrepasó con creces los límites de la botánica, yendo más allá de la competencia de las ciencias medioambientales, e incluso de los imperativos del control de desastres naturales. Es ese exceso el que nos interesa. Y esto es así porque, como hemos insinuado anteriormente, la explosión de sucesos, emociones y argumentos posteriores al fuego encierra una convincente historia que contar acerca de la ciudadanía, la identidad y la construcción de la nación en ésta y otras antiguas colonias.

EL ESTADO-NACION POSTCOLONIAL EN PERSPECTIVA, RETROSPECTIVAMENTE

Empecemos por el principio. *El* estado-nación de la antigua colonia - específicamente desde una perspectiva Africanista- no es, pese a la tendencia de nombrarlo en singular, un objeto definitivo. Mas bien hace referencia a una

formación histórica lábil, a un plurifuncional tipo de “políticas-en-movimiento”. Sudáfrica ha sido el último país en asumir esta forma de organización política y, por ello, revela con cruenta claridad muchas de las obsesiones contemporáneas del postcolonialismo, muchas de las contradicciones que comporta el esfuerzo de realizar políticas modernistas en estos tiempos posmodernos, neoliberales. Este esfuerzo, estas obsesiones, se internan en diversas esferas de las formas colectivas de “estar-en-el-mundo”: dentro de la lucha por alcanzar términos plenos de significado con los que construir una sensación de pertenencia -y, por tanto, una comunidad moral y material- en circunstancias que privilegia las diferencias; dentro de los intentos por regular los límites de la soberanía bajo condiciones globales que no sólo alientan el movimiento transnacional de trabajo y capital, de dinero y bienes, sino que los convierten en condición necesaria para la riqueza de las naciones; dentro de las a menudo amargas controversias que se desencadenan cuando los individuos hacen valer diversos tipos de identidad para reivindicar derechos e intereses; dentro de los problemáticos discursos públicos acerca de la manera más adecuada de configurar constituciones propias del siglo XXI y, específicamente, su protección de los derechos individuales; dentro de complicados procesos a través de los cuales los gobiernos, las organizaciones no gubernamentales, los ciudadanos actuando en nombre de la sociedad civil, y otras fracciones sociales tratan de esculpir una división del trabajo político y social; dentro de las implicaciones de *la angustia* sobre la decadencia del orden público, el crimen, organizado y fortuito, la corrupción y su forma de combatirla.

Estos temas no han dominado siempre los discursos de los estados-nación de las antiguas colonias -en plural- ni han saturado sus esferas públicas. Estas políticas han dado cobijo durante largo tiempo a las miríadas de emigrantes humanos, animales y vegetales que atraviesan las fronteras de los estados²², pero nunca antes la presencia de estos extraños ocasionó el tipo de alarma que se experimenta en nuestros días²³. Como esto sugiere, muchas cosas han cambiado desde el nacimiento de la era postcolonial, una era que aún hoy es definida con dificultad recurriendo al enunciado de lo que no es. Las antiguas colonias han evolucionado a través de dos periodos o fases, un *passage* desde el pasado que pone de manifiesto mucho sobre el presente.

Cambios de una época: del pasado a la antigua colonia

El primer periodo nació, histórica y figuradamente, en la India en la medianoche del 14 de agosto de 1947. Duró cuarenta años aproximadamente.

Este periodo se asocia habitualmente, en los principales escritos del Imperio, con la *descolonización* del Tercer Mundo. Es también la etapa en la que los nuevos Estados africanos encontraron la promesa de autonomía y crecimiento rota por la realidad del *neocolonialismo*, que les lastraba con un peaje insalvable de deudas y dependencia. Bajo estas condiciones, tal y como se plasma en el discurso dominante, la visión idílica de la democracia al estilo europeo, “la carga del hombre negro” en palabras de Basil Davidson²⁴, dio paso a regímenes aún más autoritarios, reforzados además por los imperativos de la guerra fría que se entabló entre el Primer y el Segundo Mundo. No nos detendremos en los detalles. Destacaremos sólo que en sus años de gestación, el sistema postcolonial se constituyó como resultado del “viejo” orden político internacional, de la organización de las naciones soberanas en el entramado del sistema capitalista industrial mundial. En este orden personas, plantas, mercancías y monedas se movieron a través de las fronteras bajo regulaciones estatales, impuestas con más o menos rigor, que reconocían y normativizaban esta situación. Cada cierto tiempo, algunas voces alarmistas en Europa pedían la repatriación de los emigrantes o un control riguroso de la flora y fauna foránea. Pero el movimiento a través de las fronteras, principalmente a lo largo de las coordenadas de los antiguos mapas coloniales -la Commonwealth británica, la Gran Francia, el Atlántico Negro- se consideraba como una mera rutina del trabajo burocrático de los gobiernos de todo el mundo.

La segunda época en la genealogía de los estados de las antiguas colonias, época que nos concierne de forma más directa, es muy diferente. Su punto de origen, en palabras de Bayart²⁵, puede retrotraerse hasta 1989, cuando “la mayoría de los países del Africa Sub-Sahariana” comienzan a experimentar “una ola de demandas de democracia sin precedentes”. Estos hechos fueron el resultado del mismo movimiento a nivel histórico mundial que transformó Europa Central y resonó a lo largo del planeta en este mismo tiempo: el crecimiento *político* del capitalismo neoliberal global -sus raíces económicas y su *ethos* preceden evidentemente a la década de los 80-. Este movimiento histórico mundial, se dice, cambió el viejo orden internacional en un universo más fluido, liderado por el mercado y articulado electrónicamente: un universo en el que florecen las instituciones supranacionales; en el que el tiempo y el espacio son radicalmente re-calibrados; en el que la geografía está siendo reescrita a la fuerza; en el que las identidades transnacionales, las conexiones de la diáspora, los desastres ecológicos y la movilidad de poblaciones humanas retan tanto la naturaleza de la soberanía como la soberanía de la naturaleza; un universo en el que “la red” se convierte en la metáfora dominante de la conexión social; en el que la libertad se destila en su esencia posmoderna, el derecho a elegir identidades,

subjetividades, mercancías, sexualidades, localidades y otras formas de representaciones colectivas.

Como esto sugiere, la segunda época postcolonial ha estado marcada por algo más que una “vuelta” a la democracia. En efecto, mientras el renacimiento de las políticas de participación *ha* reanimado alguna de las instituciones de gobierno eclipsadas en Africa en el pasado, tras la “independencia”²⁶, su promesa de proporcionar poder “al público” en materias de estado surgió en una coyuntura en que el poder institucional se alejó de la mayoría de los estados como nunca antes había ocurrido, dispersándose a todas y a ninguna parte, situándose en un lugar intangible: en las corporaciones y asociaciones transnacionales, en las organizaciones no gubernamentales, en los sindicatos del crimen, en las intrigas paraestatales privadas situadas en la sombra²⁷. Esto puede explicar en parte porqué ha habido una fuerte presión para compensar esta situación en la reconstrucción de la sociedad civil desde 1989. Hemos argumentado en otro contexto²⁸ que la fuerza de la “sociedad civil” para llamar a la acción existe en proporción inversa a su densidad y contenido como concepto; que su evocación está ampliamente determinada por su rudimentariedad, su vacuidad. También hemos argumentado que su regreso como un fetiche desempolvado a finales del siglo XX guarda fuertes paralelismos con su primera etapa a finales del XVIII. En ambas ocasiones, ha surgido bajo condiciones de una rápida transformación: condiciones en las que el presente y futuro de la economía y la sociedad, de la comunidad y la familia, de la identidad y la división social del trabajo han sido puestas en tela de juicio.

Y, por supuesto, la existencia misma de la “sociedad” *está* siendo cuestionada en todo el mundo en este momento; *se dice* que la comunidad y la familia están en serio peligro; *parece* que la naturaleza del trabajo está cambiando sin control; la masculinidad *se siente* comprometida a causa de la reconstrucción de los roles y las relaciones de género. Y lo que es más, las políticas de lucha ideológica se disuelven en las políticas de interés - “mi-generación” se convierte en “nuestra-generación”. Y la generación misma, bajo el disfraz de *juventud*, se convierte en el principal vector de acción política, un problema, y más aún si cabe un principio de distinción social sobresaliente.

Por su parte, “el” estado, una entidad más polimorfa que nunca, está condenado a estar en perpetua crisis²⁹, a que su poder sea aún más disperso, su legitimidad se ponga a prueba por la deuda, la enfermedad y la pobreza, su control ejecutivo esté empujado repetidamente hasta el límite y, lo más importante, a que su *hyphen nation* -es decir, la articulación del estado a la nación, *al*

estado-nación- sea cuestionada en todos sitios³⁰. En estas circunstancias, en palabras de Mbembe³¹, “la antigua colonia” tiende a ser “caóticamente pluralista”, incluso cuando evidencia una apariencia de “coherencia interna”. Es por esto, se dice a menudo, que los regímenes de las antiguas colonias evidencian una fuerte predilección por apelar a elementos mágicos que son agrupados bajo el signo de la autoctonía, especialmente para anticiparse a lo que está por venir. Que los cuadros de mando confíen en que los significados mágicos hagan el trabajo de *hyphen-nation* no es nuevo, por supuesto. Pero el uso del exceso ritual en los medios de comunicación -para producir poder estatal, para conjurar la unión nacional y para persuadir a los ciudadanos de la realidad de ambos- *constituye* el rasgo distintivo en la segunda era postcolonial en proporción aproximada tal vez a las percepciones populistas de la crisis. De este modo, indica Worby, en aquellas partes de Africa donde el lazo del gobierno se debilita, su autoridad se ha vuelto dependiente de la actuación de ceremoniales cotidianos, extravagantes en su teatralidad; los “ciudadanos-sujetos” viven con el estado en un híbrido promiscuo de acomodación y rechazo, poder y parodia, encarnación y alienación³².

Pertenencia, límites, autóctononía, antipolíticas

Mientras estos síntomas de la segunda era postcolonial son la sustancia de un discurso público lleno de ansiedad a lo largo de Africa, se subraya un frío retrato estereotipado de estados que se desmoronan, de naciones dirigiéndose hacia un estado de naturaleza hobbesiano sin ningún guión, de la propia naturaleza fuera de control; la sociología política del postcolonialismo es mucho más compleja, más diversa de lo que parece. Al mismo tiempo, tanto las contradicciones como las percepciones de crisis experimentadas por muchas colonias son parte de una condición más amplia. Nos referimos, por supuesto, al tan debatido tema del presente y futuro de la nación-estado bajo el impacto de la globalización. En otro lugar³³ hemos ofrecido un extenso comentario acerca de esta cuestión, buscando el esquema de la transformación de la política modernista en la Era del Capitalismo Neoliberal. Aquí es suficiente con hacer referencia a tres dimensiones acerca de esta transformación.

La *primera* dimensión surge a partir de la re-figuración del sujeto-ciudadano modernista. Un corolario de la cara cambiante del carácter de nación en la Era Neoliberal, especialmente tras 1989, ha sido la explosión de políticas de identidad. No nos referimos sólo a las políticas étnicas, sino a las políticas de género,

sexualidad, edad, raza, religiosidad, combinaciones económicas, estilos de vida y, también, clase social. Como resultado, imaginar la nación ya raramente supone una profunda fraternidad horizontal³⁴. Mientras la mayoría de los seres humanos todavía viven como ciudadanos *en* estados-nación, tienden sólo a ser condicional, parcial y circunstancialmente, ciudadanos *de* naciones-estado. Las luchas de identidad, desde altercados sobre los recursos al combate genocida, parecen inmanentes en casi todos los lugares, mientras el 'yo' está inmerso -existencial, metonímicamente- en reclamaciones de esencia colectiva, de substancia innata y sentimiento primordial que anida en la política o la trasciende.

En resumen, la homogeneidad como "fantasía nacional"³⁵ está dando paso al reconocimiento de la irreductibilidad de la diferencia; especialmente ahora en que incluso países famosos por su falta de diversidad -Botswana, por ejemplo- actualmente son lugares de conflictos de identidad. Y la cultura, antes esencializada y abierta a constantes re-invenções, se convierte en otra posesión, un bien susceptible de ser patentado, transformado en una propiedad intelectual, mercantilizado, consumido³⁶. Todo esto añade más estrés -en ambos sentidos del término- a la *hyphen-nation*. Cuanto más diversas se tornan las naciones-estado en su sociología política, más aumenta el nivel de abstracción en el que "la nación-estado" existe más convincente parece la amenaza de su ruptura, y más imperativo llega a ser adivinar y negar lo que se percibe que lo pone en peligro. Los estados, apunta Harvey, han tenido siempre que conjurar "una definición de intereses públicos más allá de... la clase y otros intereses sectarios"³⁷. Una solución que se ha presentado frente a las reclamaciones, cada vez más rotundas, dirigidas a la sociedad y el estado (reclamaciones hechas en nombre de los diferentes tipos de identidad) se han materializado en el concepto de la autoctonía: al elevar como principio clave los inefables intereses y conexiones, al mismo tiempo materiales y morales, que fluyen de las raíces "nativas" y los derechos especiales del *lugar de nacimiento*. Esto no es simplemente una solución estratégica a la que apelan los atrapados en el negocio de gobernar, sino algo que enlaza con los profundamente sentidos temores populistas y con la propensión de los ciudadanos de todas clases de desviar ansiedades compartidas hacia los de fuera.

La autoctonía, por supuesto, está implícita en numerosas formas de identidad; también se la atribuye a lugares dentro de lugares, partes dentro de totalidades. Pero la movilización de este concepto para usarlo contra los extranjeros parece estar creciendo en proporción directa con la rota *hyphen-nation* de la política de soberanía, con la percepción popular de su porosidad e impotencia frente a las fuerzas exógenas. Los ciudadanos *en* las naciones-estado contemporáneas,

sean o no en primer lugar ciudadanos *de* naciones-estado, parecen ampliamente capacitados para re-imaginar el carácter de nación de tal manera que abracen la inevitabilidad de la diferencia interna: el “multiculturalismo”, la “nación arcoiris”, y términos similares aportan un argot de acomodación, incluso en medio de la amarga contienda. No obstante, cuando se va a los límites de esa diferencia, la autoctonía constituye una frontera esencial. Independientemente de las otras identidades que el sujeto-ciudadano del siglo XXI pueda mostrar, él o ella serán inevitablemente un autóctono o un extraño. Y no sólo él o ella; ello también: como hemos visto, y veremos más adelante, lo no humano puede ser adscrito dentro del grupo indígena o foráneo.

La *segunda* dimensión le sigue de cerca: se centra en la obsesión de las políticas contemporáneas con la vigilancia de las fronteras y, por lo tanto, sobre los límites de la soberanía. La mayor parte del debate sobre la “crisis” de los estado-nación gira sobre el argumento de que los gobiernos no pueden controlar por más tiempo la corriente de dinero e instrumentos comerciales, de trabajo y mercancías, de flora y fauna, de información, de sustancias ilegales y de extranjeros no deseados. Es cierto, por supuesto, que las fronteras internacionales siempre han sido porosas, en mayor o menor medida. Pero las tecnologías de comprensión del espacio y el tiempo parecen *haber* impulsado un cambio radical en los patrones y en las proporciones de dichas corrientes globales, humanas y virtuales. Por esta razón tantos estados, quizá casi todos, actúan como si fueran constantemente víctimas de un doble fenómeno: la invasión desde fuera y desde dentro la desaparición de lo que propiamente debería pertenecerles. Sudáfrica, por ejemplo, lamenta la fuga de cerebros y el hecho de que sus estrellas del deporte sean expulsadas del mercado³⁸, al tiempo que se queja angustiada y xenofóbicamente por la afluencia de millones de inmigrantes, *makwerekwere*, quienes, como podremos ver, sufren con frecuencia claras violaciones de sus derechos humanos³⁹.

Similar actitud xenófoba está aumentando en la Europa occidental. En gran parte se concentra en los trabajadores extranjeros “poco asimilables”; lo que significa simplemente trabajador “negro”. Pero no siempre. No debemos olvidar el miedo de los británicos de que el Túnel del Canal expusiera a Inglaterra a la rabia, o que la llegada del Euro anunciara el fin de la libra como moneda soberana, que la autoridad de las cortes europeas destruyera su dominio legal⁴⁰, o la fóbica reacción francesa contra la infiltración de productos culturales norteamericanos; o los esfuerzos de Italia para proteger en los mercados extranjeros la *grappa*, una bebida convertida en propiedad intelectual nacional. Todo esto expresa ansiedad en torno a las fronteras y sus violaciones frente a las corrientes globales.

La globalización ha provocado respuestas antagónicas no sólo entre gentes de naciones-estado pequeños y/o menos poderosos, para los que puede constituir una nueva forma de colonialismo a la manera norteamericana; ni tampoco sólo entre los marginados del mundo. Jeremy Seabrook observó recientemente que la “izquierda europea apenas se distingue de la derecha, cuya esperanza en el *laissez-faire* mundial se ve sólo igualada por su defensa histórica de las soberanías evaporadas y poderes nacionales atrofiados”⁴¹.

Sin embargo, nuestro objetivo no es simplemente subrayar las preocupaciones acerca de los límites y su transgresión. También se trata de indicar que este tema es, en sí mismo, producto de una paradoja. Bajo las condiciones globales contemporáneas, dada la lógica del capitalismo neoliberal, las naciones-estado se encuentran atrapadas en un doble vínculo. Para participar de esta economía, para obtener el valor que se deriva de ella, los gobiernos necesitan al mismo tiempo abrir sus fronteras y asegurarlas: por un lado, abrir lo más posible el flujo de monedas, bienes, personas y servicios, para así facilitar la afluencia de riqueza; por el otro, regularlo estableciendo enclaves estratégicos de ventaja competitiva para atraer manufacturas transnacionales, inversiones, tecnología de la información y el tipo “aceptable” de emigrantes (entre éstos los turistas, los trabajadores altamente cualificados, ONGs, consultores de desarrollo e incluso obreros más baratos y manejables que los locales, sin la aspiración de alcanzar los derechos que devienen de la pertenencia al país). De este modo, el estado-nación se transforma si no en realidad, al menos con el anhelo de una mega-empresa, un negocio en el negocio de atraer negocios; todo ello para el beneficio de los “accionistas” que desean al mismo tiempo ser ciudadanos globales y además sujetos corporativos con su cuota de riqueza común en una política de soberanía. El corolario es evidente. La frontera es un doble vínculo porque la prosperidad nacional parece demandar *tanto* la apertura como el cierre, al tiempo que es amenazada por ambos. No sorprende la *angustia*, el constante debate público en tantos lugares, acerca de lo que se debe y no se debe permitir entrar, lo que es o no de interés colectivo. Y para quien.

La *tercera* característica destacable de la nación-estado es, dicho de una manera escueta, la despolitización de la política. El argumento se plantea de este modo: el capitalismo neoliberal, en su triunfal y abarcadora fase global, no ofrece alternativas al *laissez-faire*; nada -ni otra ideología, ni otro sistema de economía política- parece siquiera plausible. La principal pregunta que podemos plantear a la política pública es cómo tener éxito en el “nuevo” orden mundial. ¿Por qué? Porque este nuevo orden esconde su andamiaje ideológico tras los dictados de la eficiencia económica y el crecimiento del capital, en el fetichismo del mercado

libre, en las exigencias de la ciencia y la tecnología. Bajo esta hegemonía, lo social se subsume en lo natural, lo biológico, lo orgánico⁴². Las “alternativas políticas”, como Xolela Mangcu suscribe para Sudáfrica⁴³

Están despolitizadas y se les ha dado el aura de verdad técnica. Las políticas públicas que se llevan a cabo son aquellas respaldadas por “coaliciones de crecimiento” que abarcan el gobierno, los negocios, los medios de comunicación y otros grupos de intereses... [Esto] conforma el consenso nacional con respecto a las prioridades.

La política, entonces, se ve reducida o a la búsqueda de puras ventajas o a las luchas contra intereses y temas “especiales”: el medio ambiente, el aborto, el cuidado de la salud, el bienestar de la infancia, la violación y el maltrato doméstico, los derechos humanos, la pena de muerte, etc. En estas circunstancias, hay una gran tendencia a que los problemas urgentes del momento (a menudo instigados por catástrofes ecológicas y justificados en referencia a los imperativos técnicos de la naturaleza) se conviertan en la materia prima de la acción colectiva, que cruza las viejas y cada vez más anacrónicas líneas del consenso ideológico y social. Cada una produce un destello en la conciencia pública, se convierte en un tema “caliente” y, entonces se quema para que luego sus rescoldos queden en el hueco de la conciencia colectiva, sólo para volver a encenderse si las condiciones contingentes o las coaliciones vocales lo permiten. O ambas a un tiempo.

Nuestra evocación de la imaginaria del fuego -situada ahora entre los imperativos de las naciones-estado de las antiguas colonias, su posición en el mundo global del capitalismo neoliberal, su sociología política contemporánea, sus formas modificadas de ciudadanía, su obsesión con los límites, lo foráneo y lo autóctono, su desplazamiento de lo político- nos remite de nuevo a los sucesos apocalípticos de Ciudad del Cabo en el cambio de milenio.

NATURALIZANDO LA NACIÓN

...Ralph Waldo Emerson comentó una vez sobre el impacto de la inmigración: “Una nación, como un árbol, no crece correctamente si no es injertada con un tronco extranjero”

Hopewell Radebe, *The Star*, 16 de marzo de 2000, p.13⁴⁴.

Una Lección del Fynbos

Es posible leer el matorral en llamas como un ejemplo épico del mortal capricho de la naturaleza. Seguramente ésta es una construcción a la que los “africanos blancos”, que están representados de manera desproporcionada en los actuales círculos conservacionistas, están especialmente inclinados. Pero como vamos a mostrar, el verdadero impacto del incendio surge de la capacidad de esas flores y llamas de significar ansiedades políticas nunca nombradas en el discurso cotidiano pero cargadas de contenido. También de la promesa de que podría surgir de las cenizas algo mejor: un “nuevo” sentido local, sudafricano, de la comunidad, de la nación, de la sociedad civil. Pero nos estamos adelantando. ¿Cómo acabaron exactamente esas flores y llamas significando tantas cosas?

Primero la flora. Las flores, por supuesto, han servido desde hace mucho tiempo como símbolos de los estados modernos. La protea gigante/rey (*Protea Cynaroides*) - la flor que tipifica en mayor medida el fynbos- ha sido el emblema de Sudáfrica durante muchos años. Sin embargo, el fynbos como categoría inclusiva *sui generis*, es asociado principalmente con la identidad autóctona y el patrimonio del Western Cape; es su marca distintiva, el “manto de riqueza” de la región.⁴⁵ También lo es de Ciudad del Cabo, llegando a simbolizar su emergencia como ciudad global. Para ambos se establece una relación que asemeja la del totemismo africano clásico: una relación de los humanos con la naturaleza, del lugar con las especies, en la que ambos se enriquecen mutuamente siempre que los primeros respeten a los segundos y no los consuman licenciosamente. Así pues, mientras la exportación de plantas de fynbos se ha convertido en una gran industria desde los años 60 (la demanda del mercado ha estimulado el desarrollo de muchos nuevos cultivos “salvajes”⁴⁶) la flora del Cabo ha llegado a ser el foco de un gran interés conservacionista, o incluso una auténtica “pasión”.⁴⁷ Esta vegetación, objeto de un creciente estado de protección, se describe comúnmente por los investigadores como algo en serio peligro. Peligro producido cada vez más, por elementos invasores⁴⁸ cuya significación en el discurso medioambiental ha sobrepasado el de los seres humanos⁴⁹.

Pero esto no fue siempre así. De ninguna manera.

Para empezar, el uso del fynbos para referirse a las plantas indígenas de la zona sur-oeste del Cabo -el “Bioma Fynbos”- es bastante reciente. Descrita por los primeros naturalistas como “*Flora Capensis*”⁵⁰ o “Flora del Cabo”⁵¹, esta vegetación fue “oficialmente bautizada” como el “Reino Floral del Cabo” a principios del siglo XX⁵², y así fue conocida durante décadas⁵³. El término fynbos

aparece en el texto de Acocks, *Veld Types of South Africa*, de 1953, pero tan sólo como una traducción al afrikaans de “Coastal Macchia”⁵⁴. Utilizado en ocasiones coloquialmente para hacer referencia a la vegetación perenne de hoja estrecha de la región, el término no se estableció definitivamente, ni en el discurso popular ni en el botánico, hasta finales de 1960 y principios de los 70⁵⁵. Nótese que éste fue precisamente el tiempo en el que la demanda internacional de la flora del Cabo empezó a despegar y en el que se creó una asociación nacional para comercializarla. Es también el momento en el que los políticos comienzan a considerarlo como “recurso natural” y “cofre de los tesoros”⁵⁶, y en el que los botánicos empiezan a afirmar que el fynbos merece ser conservado como “tipo de bioma único”⁵⁷.

En suma, al mismo tiempo que el fynbos se presenta como herencia “tradicional” nacional, como la raíz de la nación, emerge también como algo único y en peligro, en un particular momento de la historia del estado sudafricano. Un momento también, en el desarrollo histórico del capitalismo global, en el que nuevas relaciones estaban siendo forjadas entre los mercados transnacionales y se conformaban maneras de identidad, cultura y ecología subnacionales que parecían amenazadas por las mismas fuerzas que las producían⁵⁸. Hasta ese momento se creía que la vegetación de el Cabo era resistente⁵⁹. En fechas tan recientes como 1953, una autoridad en la materia describió, de hecho, el fynbos como un *invasor* cuya expansión ponía en peligro el manto de hierba mezclado del sur-oeste del Cabo⁶⁰. Lo que se dice de las plantas importadas se dijo, no hace tanto, de este “tesoro nacional”.

Hay que admitir que la vegetación de este nicho ecológico *se ha* alterado considerablemente desde entonces. Pero también lo han hecho los valores que informan nuestra percepción del mismo. Donde tiempo atrás los granjeros veían la flora del Cabo como algo inútil, como pasto pobre en tierra estéril⁶¹, (en vez de un mero paisaje de meseta esteparia cubierta de hierba o uno de árboles que sujeta el suelo y proporciona leña) surge el “paisaje fynbos”, que es concebido por todos como el “climax de la comunidad”⁶², es decir, un punto final en la evolución que ha de ser conseguido y conservado. Y esto a pesar del hecho de que son posibles otros puntos de vista. Por ejemplo: podemos ver el “paisaje fynbos” no tanto como un punto final, sino como “una etapa intermedia hacia el bosque”⁶³. Desde esta perspectiva, la idea de mantener este paisaje en perpetuo equilibrio podría verse como un ejemplo del tipo de funcionalismo que, como afirma Cronon, “separa las comunidades ecológicas de la historia”⁶⁴.

Encuentros con Extraterrestres

Pero el fynbos no sólo ha capturado la atención de la opinión pública de la antigua colonia por ser una frágil herencia. También ha sido el protagonista de una lucha mortal contra invasores extraños que amenazan con colonizar su hábitat y destruir sus medios de supervivencia. Las plantas foráneas “usan habitualmente... 3300 metros cúbicos de agua cada año, ...7 % del gasto medio de Sudáfrica”, declaró el Ministro de *Water Affairs and Forestry* en un simposio de alto nivel sobre especies invasoras, que tuvo lugar en Ciudad del Cabo tras el incendio⁶⁵. Los temores con respecto a estos invasores no se limitan a Sudáfrica. El tema se ha vuelto urgente también en otras naciones occidentales, entre las que se encuentran USA, Australia, Inglaterra y Alemania. Resulta irónico que en Australia sea la flora sudafricana (como los *soursobs* amarillos y los *capeweed*) la estigmatizada⁶⁶. Irónico porque estas especies australianas, que “crecen más alto y arden más fácilmente que el fynbos”, son las que se llevaron el estigma de la culpa de los incendios de enero de 2000⁶⁷, las “más horribles” zarzas (*Wattles*), incluyendo a los infames *rooikrans*, pinos, *bluegum* y *hakea* - este último, para cerrar el círculo de ironía, un arbusto del tipo *Protea*⁶⁸-. Existen, ciertamente, algunos contrastes significativos entre las experiencias de estas naciones occidentales y la preocupación de Sudáfrica por la naturaleza extraña (*alienature*)⁶⁹. Es más, las plantas importadas *se han* convertido en la materia prima de un melodrama, de resonante alegoría, a escala mundial. Esto, como mostraremos, es una consecuencia de su capacidad para transformar y representar terrores políticos difusos como hechos naturales.

Hubo un tiempo en el que en el Cabo se experimentó un gran entusiasmo con la importación de plantas. Ya hacia las primeras décadas del siglo XVIII, especies tales como el pino mediterráneo tuvieron que ser introducidas en grandes cantidades en las laderas de las montañas para abastecer la demanda de madera de los pobladores⁷⁰. A mediados del siglo XIX, el interés por los préstamos en horticultura se había vuelto hacia Australia -la colonia Británica en las antípodas y un continuo rival de Sudáfrica- cuyas tierras de brezos constituyen un bioma mediterráneo tan similar al del sur-oeste del Cabo que algunos postularon una convergencia evolutiva entre ambos⁷¹. El entonces Secretario de la Colonia comenzó a traer de Australia zarzos y mirtos para proporcionar abrigo y permitir la formación de dunas, en un esfuerzo por consolidar el suelo, tan azotado por el viento, de los *Cape Flats*, la llanura agrícola más extensa de la región. En 1875, el gobierno alentaba las grandes extensiones de pino y otras importaciones, incluida la *hakea* y el *Port Jackson*, para protegerlas. Tan deseosas estaban las

autoridades de ver que esas especies exóticas echaban raíces, que distribuyeron millones de semillas y otorgaron premios a las plantaciones de mayor extensión⁷². Esta situación contrasta de manera absoluta con el presente: ahora pretenden cargar con impuestos la importación de semilla extranjera y obligar a los terratenientes a limpiar sus propiedades de esas mismas especies importadas⁷³.

¿Qué fue lo que pasó en esos cien años? ¿Cómo pudieron convertirse unas deseables importaciones en elementos invasores, “plagas”, “colonizadores” e, incluso, “cánceres verdes”?⁷⁴. Por un lado está el hecho de que las especies exóticas se extendieron más allá de los límites de las plantaciones y jardines -tanto espontáneamente como por la ayuda del ser humano- estableciéndose con gran éxito en la flora de el Cabo. Los expertos han apuntado que, mientras el proceso ganó fuerza a lo largo del siglo XX, sólo recientemente ha despertado el interés de los botánicos, del gobierno o de la población en general; y esto a pesar de que algunas voces inquietas se habían alzado a finales del siglo XIX, y de que la legislación para reprimir la adquisición y reproducción de las “malas hierbas” aparece ya en 1937, si bien de manera poco efectiva⁷⁵. Hay que esperar hasta finales de los 50 y principios de los 60 para que la Sociedad Botánica Sudafricana estableciera un comité para alertar sobre el problema y para que se crearan los primeros “grupos” voluntarios para frenar el crecimiento maligno de las plantas foráneas.

Durante las décadas de los 70 y 80, la invasión de plantas en el Cabo estuvo cada vez más en el punto de mira. Los botánicos, al darse cuenta de que la “infestación” de plantas importadas era visible incluso a través de las fotografías tomadas por satélite⁷⁶, concluyeron que las semillas invasoras habían “sobrepasado cualquier ventaja que pudieran haber aportado para la región fynbos”. En 1978, el *Department of Nature and Environment Conservation* publicó un famoso libro, de referencia obligada, *Plant Invaders: Beautiful but Dangerous (Plantas invasoras: hermosas pero peligrosas)*, y se crearon algunos grupos de exterminio de plantas entre la clase media-alta rural blanca. Sin embargo, sus esfuerzos no alcanzaron los frutos deseados por cuanto esta suerte de “alienígenas” (*aliens*) -como los que aparecían en las películas de Hollywood de clase B - parecían proliferar en medio de la tala y los incendios⁷⁷. Al mismo tiempo, la opinión de los expertos locales aún sostenía que estas plantas exóticas, en poblaciones controladas, *tenían* alguna utilidad y que, de cualquier manera, era imposible eliminarlas a todas. Es más: aunque esto fuera posible “otras especies, en forma de semillas, podrían aparecer en el futuro”⁷⁸. Todo esto nos transmite la sensación de que las categorías botánicas pueden variar en el tiempo, una visión reflejada en los debates acerca de estos temas en todo el mundo - como en Australia, donde la línea entre lo “naturalizado” y lo “nativo” es

mucho más fluida (ver nota 70)-. En esta coyuntura además, las amenazas a la que estaba expuesta la flora del Cabo eran descritas en términos multicausales tales como el fuego, el cambio climático y la intervención humana⁷⁹.

Pero esta situación no permaneció siempre así.

La década de los 90 fue testigo de la aparición de una marcada tendencia encaminada a sustituir la causa multidimensional por agentes monolíticos -y, especialmente, las plantas foráneas- para dar cuenta de la fragilidad de la flora del Cabo. Esto se vuelve aún más evidente cuando analizamos la manera en que cambiaron, a lo largo de la década, las actitudes en relación con fuego en el bioma fynbos, culminando en el “holocausto” de enero de 2000.

Jugando con fuego

Como ya hemos indicado, el fuego se viene considerando desde hace mucho tiempo, como algo endémico en la ecología de la flora de Cabo.⁸⁰ Como los primeros observadores de la colonia notaron, los incendios “naturales” consumen grandes extensiones cada año, variando su proporción e intensidad con la edad y estado de la vegetación, con la topografía y con las condiciones climáticas imperantes. Muchos incendios son, además, intencionales: en esto influye sin duda la visión africana de la regeneración - a pesar del hecho de que las autoridades coloniales, temerosas ante la perspectiva de que los nativos jugaran con fuego, aplicaron normas restrictivas de disuasión⁸¹. El rechazo oficial continuó hasta hace poco, cuando la investigación sistemática comenzó a dibujar un cuadro más complejo relativo a las formas y funciones de la combustión del fynbos⁸². A pesar de todo, mientras los medios de comunicación califican, casi invariablemente, estos incendios como “devastadores”⁸³, los expertos reconocen que la conservación de la diversidad de las especies es “al menos parcialmente dependiente” de los incendios⁸⁴. Pero estas matizaciones fueron silenciadas por el exaltado debate popular que saltó a primera plana tras el incendio apocalíptico de Ciudad del Cabo.

Lo que más nos interesa aquí es el cambio de lugar que se adjudica a los elementos extraños (*aliens*) en la argumentación sobre la conexión del fuego con el fynbos - por no decir en la política y en las percepciones que la informa. Es cierto que se ha dicho continuamente que ciertas plantas importadas arden de manera más intensa que la flora autóctona, que *es* en sí misma bastante inflamable. Pero la vegetación foránea fue, en el pasado, tan sólo uno de los factores que se supone producían incendios de distintos tipos, escalas y efectos. Un informe de

gran credibilidad⁸⁵, por ejemplo, ni siquiera analiza las plantas invasoras; la reciente guía popular del fynbos, de van Rensberg, incluye las plantas exóticas sólo al final de una nutrida lista de posibles agentes de combustión⁸⁶. Como hemos visto, ni siquiera el discurso público que se desencadenó tras el incendio de 2000 recayó inmediatamente sobre estas invasoras. Pero cuando lo hizo, las plantas importadas se convirtieron en una preocupación incendiaria.

No todo el mundo las culpaba, pero las voces contrarias fueron ahogadas a medida que la dialéctica del desastre ganaba fuerza. Una perspectiva alternativa atribuía el incendio al cambio climático global, pero fue despachada sin rodeos⁸⁷. Esta era una calamidad que parecía demandar una explicación enraizada en las contingencias *locales*. Otra línea de argumentación apareció en la prensa afrikaans, que relataba los mismos hechos, pero tratándolos de un modo bastante diferente. Resulta relevante la postura de *Die Burger*, principal órgano del Nuevo Partido Nacional, con mayoría en el Parlamento provincial del Cabo. Mientras el periódico apuntaba que los expertos culpaban del incendio a las plantas exóticas éste planteó todo el suceso como prueba de culpabilidad del régimen de la ANC, de su ineficacia en el gobierno, su incapacidad para enviar servicios de emergencia, su caprichoso abandono de Ciudad del Cabo, etcétera⁸⁸.

Estas eran, por supuesto, divisiones entabladas entre facciones de la población más o menos libres; además de evocar los enfrentamientos de los partidos políticos, materializaban en palabras el tipo de tensiones que surgen a menudo en las antiguas colonias, entre el regionalismo y el gobierno nacional. Pero muchos otros quedaron excluidos del debate público. Para algunos, las plantas importadas tenían, en conjunto, otro significado bien distinto. Nos referimos a la gran cantidad de pobres y desempleados de la península, en particular a aquellos que habitaban en asentamientos improvisados.

Los “campamentos” ilegales han crecido mucho en el área metropolitana del Cabo a partir de los últimos años del *apartheid*. Durante ese período, los emigrantes a la ciudad se resistieron al traslado forzoso a empobrecidos “territorios nativos” y al hacerlo señalaron a la atención mundial la salvaje actitud del régimen dirigente. Los africanos se han sentido siempre rechazados en el *Cape Western*, zona que se había convertido en el refugio de blancos y mulatos. Pero, desde la transición, la inmigración negra ha aumentado hasta transformarse en una auténtica riada. A lo largo de las carreteras nacionales y de las laderas de las montañas, han brotado estas comunidades improvisadas; muchas están situadas justo al lado de hermosos conjuntos de árboles foráneos y combustibles - como el *rooikrans* australiano (*acacia cyclops*), un combustible favorito para las *braaivleis* (“barbacóas”), un auténtico rito de la comensalidad de los blancos sudafricanos.

Lo realmente extraordinario de los últimos emigrantes llegados a el Cabo es su grado de dependencia de la madera de estos árboles importados para su vida cotidiana⁸⁹. Las casas con forma de cubo se apilan fila a fila en asentamientos sin electricidad en los huecos del monte; muchas de ellas están construidas con delgados troncos de *rooikrans* y otros arbustos australianos, que se colocan lateralmente. Abriéndose paso entre las moradas, caminan mujeres y niños cargando sobre sus cabezas grandes pilas de leña menuda de procedencia “importada”; la búsqueda de combustible es una permanente característica en la vida de los inmigrantes, independientemente de donde residan. A lo largo de las carreteras, los hombres venden pequeños paquetes de madera *braai* a los viajeros suburbanos, en su mayoría, blancos y de clase media, cuando se dirigen a los frondosos suburbios o a la costa fynbos. Utilizados en los festejos culinarios domésticos, estos “alienígenas”, condenados públicamente, son, en la esfera privada, el ingrediente esencial de prácticas culturales sagradas⁹⁰.

No nos debe sorprender, por lo tanto, que la primera reacción ante el incendio del vendedor de madera Thami Mandlana -el único residente de estos campamentos ilegales que fue entrevistado por la prensa- fuera exclamar: “¡el precio de los troncos se disparará este mes!”⁹¹. Y tenía razón. El coste de un paquete de *rooikrans* subió un 50% después del fuego. Pero las implicaciones que el incendio tendría a largo plazo para estos leñadores eran más alarmantes. De nuevo, en palabras de Mandlana:

Mucha gente... tala madera por estos alrededores y ahora no habrá suficiente para todos... Nuestros corazones están desolados a causa del fuego... Este es nuestro único sustento y ahora no nos queda nada.

Esta es la otra cara de la historia de la vegetación foránea en el Western Cape. Hace tiempo que esta vegetación se ha convertido en una parte integral de la economía local, específicamente de la de los miembros de las clases bajas, individuos invisibles para los más acomodados, con los que apenas se rozan en los arcenes. Pero en la antigua colonia, donde la riqueza está cada vez más polarizada y las ayudas estatales brillan por su ausencia, esta parte marginal de la economía es un elemento vital. Un reciente informe de “las plantas de la gente” estima que el valor de la madera de *rooikran* como combustible en el Cabo era de R30m p.a.⁹². Pero este hecho apenas importa a aquéllos para quienes las plantas invasoras se han convertido en anatema, los que consideran que éstas son el principal peligro para la herencia natural nacional compartida. Pero allí donde la flora importada constituye el flujo más importante de comercio, aquéllos que proclaman sus peligros se encuentran con dificultades: Guy Preston (ver n.7,

18) que culpabilizó a los inmensos bosques de árboles no indígenas de agravar las inundaciones de la empobrecida Mpumalanga (donde las grandes corporaciones son la principal fuente de empleo) fue forzado a “clarificar” sus comentarios. No le quedó más remedio que admitir que estas plantaciones eran “generalmente aceptables”, que posibilitaban puestos de trabajo muy necesarios y favorecían la entrada de divisas extranjeras⁹³. El discurso de las plantas invasoras tiene, por tanto, sus límites. Aún así, tal y como veremos más adelante, su esfera de acción ideológica es sorprendentemente amplia, logrando abarcar la integridad y regeneración de la propia nación-estado.

Tal y como evidenció la “clarificación” de Preston, los expertos se encontraron jugando un delicado papel en el momento en el que el drama de la naturaleza alienígena (*alien-nature*) ardió, atizado por la ávida prensa. Mientras la conservación del “legado natural” se sumergía cada vez más profundamente en el espacio de la intensa pasión pública, los botánicos eran invocados como nunca antes lo habían sido y su trabajo pasó a ser considerado de interés nacional urgente. Pero, en la medida en que sus trabajos se convirtieron en la clave para la movilización política, los matices - como el hecho de que no *todas* las plantas importadas eran agresivas invasoras - se perdieron en el camino. Esto es, las educadas protestas en los medios de comunicación añadieron poca sutileza a la creciente excitación⁹⁴.

¿Cómo tuvo lugar esta inflación ideológica? ¿A qué ansiedades, intereses y emociones responde?

Aliens y el Renacimiento africano

Hasta hace apenas unos años, el término “*alien*” tenía connotaciones arcaizantes en Sudáfrica, recluso como estaba al corpus legal -como las *Aliens Acts* (1937) y la *Aliens Registration Act* (1939)- que pretendían controlar la afluencia de refugiados europeos previa a la II Guerra Mundial. Esta legislación permaneció intacta hasta la década de 1990⁹⁵, cuando los “*aliens*” (extranjeros) se convirtieron de nuevo en un asunto político relevante, ahora en la “nueva” Sudáfrica. Coincidió en el tiempo con la proliferación de las plantas foráneas, que acabaron siendo objeto a la vez de emergencia ecológica y de renovación nacional⁹⁶. Probablemente lo que mejor evidencia esto fue el *Working for Water Programme* (WFW), creado en 1995 por el entonces Ministro de *Water Affairs and Forestry*, Kader Asmal. Este programa formaba parte de las iniciativas gubernamentales encaminadas al desarrollo y reconstrucción del

país tras el *apartheid* y se centraba de lleno en la erradicación de la vegetación importada. Se presentó como el buque insignia de las políticas públicas orientadas a la creación de puestos de trabajo y del combate contra la pobreza; el programa contemplaba veinte años de limpieza de la vegetación, con un coste de R600m p.a. Su tono, tal y como aparecía en la página *web* informativa⁹⁷, era urgente: “[Las plantas invasoras] son como una epidemia que se extiende sin control”; se iban a promulgar leyes para perseguir a los terratenientes que no controlaran la expansión de la flora no indígena. Las intervenciones concertadas no estaban dirigidas simplemente a restituir el potencial productivo de la tierra. También habría inversiones en los sectores “más marginados” de la sociedad sudafricana, para promover igualdad social. Mujeres y jóvenes desempleados, ex delincuentes e incluso personas sin techo serían rehabilitadas a través de su reclutamiento en los equipos de poda y destrucción de la flora foránea y también en el trabajo industrial para transformar a los “invasores” en productos para el mercado. Mientras tanto, se recomendaba al público en general que no comprara o vendiera plantas extranjeras, instándole a que denunciara ante las autoridades a todo aquél que apoyara su expansión.

En otras palabras, la naturaleza alienígena iba a convertirse en la materia prima del renacer comunal. Al principio, el plan tuvo cierto éxito. Lograr los fondos necesarios para financiar las unidades de erradicación no fue fácil, a pesar de las conmovedoras imágenes que aparecían en los medios de comunicación y que mostraban a los antiguos parados asestando un duro golpe a la expansión de las especies foráneas no deseadas. En julio de 1997, el periódico *Cape Argus* hizo público que el *Cape Metropolitan Council* había “mandado a paseo” al ministro Asmal, rechazando su petición de financiación de las tareas de limpieza de plantas invasoras en *Table Mountain*⁹⁸. Los esfuerzos para elaborar la legislación fueron igualmente controvertidos: las propuestas para introducir impuestos sobre la “intercepción de agua” (*a.k.a. rainfall*) y la “contaminación con semillas importadas”, provocaron fuertes protestas por parte de la industria maderera⁹⁹. Pero, mientras el plan de erradicación pretendía “asegurar el abastecimiento de agua” durante uno o dos años, la ansiedad pública sobre las especies invasoras se tornó más audible que nunca.

De este modo, en el momento en que el fuego apocalíptico entró en escena, en enero de 2000, no había dudas sobre el ataque a los *aliens*. La *Ukuvuka*, u Operación Parar el Fuego, se desplegó a los pocos días del incendio y los medios de comunicación y las compañías colaboradoras se prestaron para reforzar el *Working for Water Programme*¹⁰⁰. Incluso la poderosa *Forestry Owners Association* (Asociación de Propietarios Madereros), cuyos intereses estaban

anteriormente en la “trayectoria de colisión” con los del programa, se comprometió a la difícil tarea de limpiar las riberas del río de la flora foránea¹⁰¹. Con los sentimientos populares aún más entregados al deseo de atacar la “plaga”, los comentaristas públicos intentaban halagar “el espíritu de la comunidad”¹⁰² que nacía de las cenizas. El flamante nuevo ministro de *Water Affairs and Forestry* lo dijo de manera sucinta¹⁰³.

El fuego nos ha unido a todos. Los principales interesados -las autoridades, los intereses comerciales, los propietarios y el público en general - pueden ahora unirse para asegurar que nunca jamás nos volveremos a exponer a un riesgo como éste. Y la clave de todo esto es la destrucción de esas plantas invasoras...

En ese momento se extendió la creencia de que la purga de la flora extranjera tenía un “gran potencial en la creación de empleo”, una prioridad en la construcción de la nación. El director de la *Botanical Society of South Africa* aprovechó la ocasión para sugerir que el “sector medioambiental” merecía el 15% de los beneficios de ese sustituto neoliberal para el bienestar común que es la Lotería Nacional¹⁰⁴. A esto seguiría la *Water Week* y el *Hack Day* (Día del Exterminio) a nivel nacional, con suplementos especiales en los periódicos en los que aparecían ilustraciones de la vegetación foránea (*aliens*) más agresiva, animando a los lectores a que denunciaran a quienes las fomentaban y apelando, en nombre del patriotismo, a los ciudadanos para reclutar grupos voluntarios de exterminio¹⁰⁵.

A medida que pasaba el tiempo, los políticos aventuraban conexiones cada vez más explícitas entre la guerra contra las plantas invasoras y la prosperidad colectiva de la nación. Un simposio convocado para discutir acerca de la cooperación internacional para el control de especies invasoras, que tuvo lugar en Ciudad del Cabo un mes después del incendio (ver más arriba), agrupó en el mismo recinto nada menos que a cuatro ministros del gobierno, uno de los cuales llevaba un mensaje del Presidente del estado. “Estamos todos juntos en esto”, declaró el Ministro de *Water Affairs*, “porque las especies invasoras no respetan las fronteras dibujadas en los mapas”¹⁰⁶. Se dijo que el comercio global y el turismo había creado una clase de “viajeros internacionales no deseados”, como la vegetación extranjera o insectos transmisores de enfermedades¹⁰⁷. Pero las palabras más pomposas fueron las del mismo Presidente Mbeki: las plantas invasoras, confesó, “obstaculizan el camino del renacimiento africano”¹⁰⁸.

OBJETOS FORÁNEOS: LAS POLÍTICAS DE DISTANCIAMIENTO EN LA ANTIGUA COLONIA.

Por tanto, en una retórica que reflejaba y magnificaba el estado de ánimo del público, las plantas invasoras acabaron entrelazándose con el estado de la nación. Pero esto no responde en realidad a la pregunta que planteamos hace un momento: ¿A qué ansiedades, intereses y condiciones históricas hace referencia la alegoría de la naturaleza alienígena, una alegoría alimentada por el fuego y las inundaciones? ¿Qué hay detrás de la inflación ideológica que empezó con el monte en llamas, continuó inflamando las pasiones patrióticas y estalló con tal fiereza que ha puesto en peligro el renacimiento africano? Una respuesta puede ser hallada en un puñado de asociaciones implícitas e intuiciones orgánicas que, mientras se sitúan en la esfera pública, nos dan una nueva perspectiva para comprender mejor la infraestructura de la “conciencia popular en construcción”; y concretamente en la manera en que los procesos de naturalización hicieron posible nombrar lo que no podía ser nombrado, acometer lo que no podía ser realizado y, por tanto, abordar las contradicciones inherentes a la creación de la nación de la antigua colonia bajo las condiciones generadas tras 1989. También ayudaron a confrontar la sensación de recelo que parece acompañar esta era de migraciones globales, de fronteras, al tiempo abiertas y cerradas, de personas forzadas a trasladarse, de diferencias sociales y culturales irreductibles, de políticas comprometidas, de reducción del bien público.

Tómese como referencia el comentario realizado por un famoso columnista, humorista y cínico confeso¹⁰⁹,

Sin duda, hay floridos escritores que no se lo pensarían dos veces a la hora de proclamar maravillosas alabanzas hacia algo tan inocente... como el árbol de jacaranda... Pero... puede que no sea más que... un racista. De manera subliminal... Detrás de sus flores y de sus espléndidas ramas, el jacaranda no es más que un acaparador de agua... mala hierba alienígena que se extiende.

Al igual que los emigrantes *naturalizados* las importaciones de plantas fueron utilizadas, en el pasado, para beneficiar a la nación. La jacaranda (*Jacaranda mimosifolia*) llegó a ser “casi... el árbol nacional de Sudáfrica”¹¹⁰. Ahora, en un drama estafalario en el que la flora simboliza lo que la política lucha por nombrar, ésta es objeto de segregación, e incluso de raza-nacionalización (*racination*); esto en una tierra obsesionada con quién es o no es ciudadano, con lo que es correcto o incorrecto desde el punto de vista constitucional, con expulsar todo

vestigio de racismo del cuerpo político y, en especial, de la prensa liberal¹¹. Otra columnista fue aún más explícita al hablar de “limpieza étnica” en el campo sudafricano. Durante siglos, escribió, la gente disfrutó de la sombra de los robles, del olor de las rosas - todas ellas especies invasoras-. Ahora, “atorados en la complacencia de la democracia”, las consideran el origen de todo mal¹². Pero fue la irónica carta publicada en el *Mail & Guardian*, probablemente el semanario más distinguido de Sudáfrica, la que mostró el subtexto político de manera más clara y rotunda¹³.

De nuevo es la hora de la caza del alienígena. Como “alienígena” (*alien*) (extranjero)... soy especialmente susceptible con las críticas a los alienígenas incluso aunque sólo se trate de plantas... Las plantas invasoras no pueden, por supuesto, defenderse de estas acusaciones. Pero antes de que el Departamento de Interior se vea obligado a investigar los permisos de residencia de éstas, yo, como colega alienígena implicado, desearía recordar que plantas como el maíz, la soja, el girasol... no son oriundas de Africa. En cualquier caso, ¿las plantas causantes de los incendios e inundaciones cruzaron las fronteras y se plantaron... ellas solas?

Para este alienígena interpolado, con plena consciencia de la situación, las alusiones son obvias: nacen de la naturalización de la xenofobia. Nos encontramos con una cruzada dolorosamente familiar, apenas desplazada al reino de las plantas: la estigmatización de los inmigrantes y refugiados tanto por el estado como por los ciudadanos.

Se ha indicado que la inmigración y, más recientemente el asilo político, es el “espectro” en cuyo desgraciado destino se han fundado las triunfales políticas neoliberales de la “nueva” Europa (ver nota 42). En Sudáfrica también, y por encima de los demás países africanos, la fobia hacia los que vienen de fuera ha sido el hijo ilegítimo de la recién estrenada democracia -creciendo, de manera paradójica, junto a la llamada al Renacimiento Africano y al *ubuntu*, el sentido de humanidad africano-. El hecho de que esto esté teniendo lugar entre personas que están familiarizadas con el exilio, personas que en el pasado convivieron con relativa armonía con trabajadores extranjeros resulta de lo más irónico, y necesita una explicación. De esta última, la fobia, que nació como una sensación difusa de recelo, ha cuajado en una antipatía activa hacia la indefinida “alien-nación” que se cree unida a la presencia de estos “inmigrantes ilegales”. El referente es ahora inseparable del signo, del mismo modo en el que, en el mundo de la botánica, la palabra *invasor* está irremediabilmente atada, a modo de adjetivo, a lo foráneo. Considerados de manera popular como “buitres económicos”¹⁴ que roban los trabajos y los recursos, que fomentan el crimen, la prostitución y las

enfermedades, estos anti-ciudadanos *doppelganger* son acusados -haciendo uso de una analogía poco ingeniosa con la flora no indígena- de crecer sin control, así como de malversar la ya de por sí decreciente riqueza de la nación¹⁵.

Los alienígenas son especies distintas en la imaginación popular. En una paródica perversión del pasado, están marcados ineluctablemente por el color de la piel y la cultura “nativa”. Esto se revela de manera más dramática, como suele suceder, en los momentos de confusión de identidad, cuando los sudafricanos son ellos mismos considerados como extranjeros y tratados como tales. Por ejemplo, la estrella del *volleyball*, arrestada por la policía porque su piel les resultó demasiado oscura, o el hijo de un antiguo exiliado que fue apresado ocho veces en los últimos años a causa de su “estructura facial” y su acento, que le hacían parecer extranjero¹⁶. Una vez singularizados, los inmigrantes “ilegales” rara vez son diferenciados de los inmigrantes y refugiados legalizados¹⁷. Todos son designados con el despectivo término sotho, *makwerekwere*, que hace referencia a la falta de habilidad para hablar correctamente - y por implicación, la exclusión de la comunidad moral-.

Sus miedos están bien fundados. Con la relajación del control del trabajo de los inmigrantes, antaño articulado a través de acuerdos intergubernamentales y fronteras electrificadas¹⁸, Sudáfrica se ha convertido en el destino de llegada de un ingente número de individuos procedentes de los problemáticos países del norte; las estimaciones oscilan entre los dos y los ocho millones¹⁹. Esta afluencia ha tenido lugar en un momento en el que Sudáfrica está experimentando transformaciones en su economía doméstica y ha alterado de manera significativa las relaciones entre el trabajo y el capital²⁰. La drástica reducción de personal, denominada con el eufemismo “crecimiento del paro”, ha costado cerca de 500.000 puestos de trabajo en los últimos 5 años, la mayoría desempeñados por negros²¹. Pero aún más digno de ser señalado es que cerca del 80% de los empresarios ahora optan por trabajos flexibles “no estandarizados”,²² desempeñados generalmente por trabajadores ilegales mal pagados y sin sindicarse, que los granjeros e industriales consideran como parte esencial para su supervivencia en los mercados competitivos²³. No nos debe sorprender, por tanto, que el paro sea una ansiedad omnipresente, el mayor obstáculo para la prosperidad de la antigua colonia y que derrotar a los “alienígenas”²⁴, quienes personifican la amenaza contra los puestos de trabajo y el bienestar social, se presente como una persuasiva forma de afrontar la pérdida de capital económico.

Por esta razón los extranjeros -en particular los negros extranjeros- son objeto de consternación y enfrentamiento por parte de todos a lo largo y ancho de la nueva nación, desde los políticos y sus partidos hasta los medios de

comunicación y los sindicatos, pasando por los vendedores ambulantes y los desempleados¹²⁵. En septiembre de 1998, una multitud que volvía en tren desde Pretoria, donde habían estado protestando por la pérdida de puestos de trabajo, mataron a tres *makwerekwere* acusándoles de robarles el empleo¹²⁶. Unos meses después aparecieron los primeros reportajes alertando de la existencia de una banda de matones en Johannesburgo que se dedicaba a la “eliminación sistemática” de inmigrantes¹²⁷. Los inmigrantes y sus propiedades han sido atacados con regularidad por las comunidades locales, se han visto forzados a vivir en “ghettos”, han sido tildados de criminales y se han convertido no pocas veces en cabezas de turco¹²⁸. Un estudio realizado en 1997 por el *South African Migration Project*, bajo la tutela del *Institute for Democracy*, situó la hostilidad de los sudafricanos hacia los recién llegados como una de las más altas del mundo. Tan grave es la situación que la Comisión de Derechos Humanos ha lanzado la “Campaña para Reducir la Xenofobia” (*Roll-back Xenophobia Campaign*) y varias agencias del gobierno están apoyando activamente proyectos culturales encaminados a combatir la discriminación contra los extranjeros¹²⁹.

Incluso el estado mismo representa un papel lleno de ambigüedad en este drama. Por un lado, se esfuerza por defender y sostener los estándares del universalismo liberal, insistiendo en la necesidad de proteger los derechos humanos de manera total; por el otro, en ocasiones contribuye, consciente o inconscientemente, al sentimiento de xenofobia. De este modo, las agencias para el cumplimiento de la ley han sido incapaces de resistir la tentación de atacar al fantasma extranjero. A medida que se ha cuestionado la habilidad del Ministro de *Safety and Security* para mantener el orden público, proporcionalmente ha crecido su actividad en la guerra contra el no ciudadano: mientras crecía la ansiedad sobre las plantas invasoras durante las primeras semanas de 2000, el gobierno anunció su intención de adoptar leyes de extranjería “a imitación de las americanas para librar a Sudáfrica de los inmigrantes ilegales” (ver nota nº 20) y penalizar a aquellos que, a sabiendas, los contrataran. El paralelismo no pudo ser más claro. Poco después, la policía de todo el país emprendió redadas muy precisas en los “clubs de caballeros” sospechosos de tráfico con prostitutas sin papeles¹³⁰. A esto siguió la embestida contra los “ilegales” en el mundo del espectáculo, en los medios de comunicación y en la industria musical¹³¹. Y después, en cuestión de semanas, el Ministro de *Safety and Security* inició personalmente un “ataque relámpago” en Johannesburgo contra el baluarte del negocio de la inmigración, y se comprometió a “expulsar a todos los elementos criminales

y los inmigrantes ilegales¹³². Los mandos de la Policía de Pretoria siguieron el ejemplo. El pánico sobrevino cuando 14.000 personas fueron investigadas, cerca de 1.000 arrestadas¹³³ y, a pesar de sus protestas, “ciudadanos honestos que pagaban sus impuestos” fueron humillados en las calles y los taxis¹³⁴. Informes que recordaban la era del *apartheid* hablaban de violencia en las calzadas, frente al Departamento de Asuntos Interiores, donde acampaban los refugiados desesperados por obtener los permisos legales. Se decía que los extranjeros del país, retenidos en un centro privado de deportación, fueron duramente golpeados y sus propiedades saqueadas¹³⁵.

Entonces, comenzó la reacción: en medio de las acusaciones de excesos, respetados comentaristas mantuvieron el convencimiento de que, con las políticas de represión, al gobierno le había salido el tiro por la culata, hasta el punto que estaba poniendo los derechos humanos en peligro. Ellos y otros hicieron llamamientos urgentes para que se adoptara una política de extranjería más adecuada y eficaz¹³⁶. Mientras tanto, empezó a nacer la sospecha, tal y como sucediera en relación con las plantas importadas, de que el ardor y el entusiasmo por erradicar esas “malas hierbas” extranjeras estaba fuera de lugar. ¿Porqué este hostigamiento a los extranjeros?, se preguntó un “horrorizado ciudadano”. Es como si *ellos* fueran culpables de las “violaciones, asesinatos, secuestros y robos de bancos” que los sudafricanos estaban cometiendo unos contra otros¹³⁷. La respuesta parece clara, al menos para Steven Friedman, Director del *Centre for Policy Studies* de Johannesburgo¹³⁸. Arrestar a inmigrantes “ilegales” puede que “no sirva de nada para reducir la tasa de crímenes”, pero sí que genera “la sensación de actividad y efectividad” por parte del gobierno, una ilusión “a menudo más importante que la realidad”. Aquí, en resumen, tenemos un ejemplo de la actividad simbólica de la que hablamos antes, del exceso ritualizado y manipulado por los medios de comunicación, dirigido a producir poder para el estado y unidad nacional, que es tan característico de la segunda etapa de la postcolonia. Y parece que da resultado. De acuerdo con unas encuestas realizadas por el *Human Sciences Research Council*, confirma Friedman, la mayoría de los ciudadanos creían, en diciembre de 1998, que el régimen había perdido su capacidad para contener el crimen y asegurar el orden público. Ahora, cerca del 60% piensa que actualmente *existe* algún control, a pesar de que no se haya reducido la frecuencia de los delitos graves.

FINALES Y SIGNIFICADOS

Geschiere y Nyamnjoh¹³⁹ afirman que la creciente presión sobre “la autoctonía” en Africa -y, consecuentemente, sobre la exclusión del *allogène*, el extranjero- se aleja en gran medida de antiguas ontologías del ser, la pertenencia y la diferencia y, especialmente, de la etnicidad, con quien comparte muchas características. Entre ellas, la capacidad para despertar fuertes emociones y justificar la construcción de fronteras sociales sin ambigüedades. La autoctonía, sugieren, es menos específica, más protéica en su sustancia, y, por tanto, más susceptible de manipulación política a muchos niveles al mismo tiempo. Y también en reacción a los tipos de procesos sociales y económicos puestos en movimiento por las “corrientes globales sin límites fijos aparentes”. Se puede decir aún algo más acerca de su utilidad como alegoría naturalizada de formas colectivas de estar en el mundo; también acerca de su notoriedad como motor de la acción colectiva. Pero no podemos negar que, en la Sudáfrica del post-*apartheid*, los ultrajes contra los extranjeros *han* favorecido una movilización, una versátil llamada a las armas, uniendo a personas mucho tiempo divididas por la clase social, el color y la cultura: *es* utilizada de manera entusiasta por aquellos que buscan conjurar una nueva nación sin recurrir a la construcción de un puente que conecte antinomias familiares, sino erigiendo fronteras finitas bajo condiciones que, según las apariencias, amenazan con disolverlas y, con ellas, las coordenadas de la comunidad moral y material. Hemos sugerido estas condiciones. Descansan en las circunstancias históricas particulares de los estado-nación postcoloniales de fines del siglo XX, de su absorción en la economía capitalista mundial cuyas maneras y significados neoliberales han alterado los patrones fordistas de producción y consumo, la articulación del trabajo y del capital, la naturaleza de la soberanía y de la identidad cívica, la geografía del espacio y el tiempo y mucho más. De ahí la insistencia anterior de situar nuestro entendimiento de estas naciones-estado no tanto a través de una confortable sociología de tipos ideales, sino en las especificidades claramente fijadas de su segundo advenimiento, después de 1989.

Aquí, entonces, radica uno de los temas en el contrapunto teórico que anima este ensayo: la conceptualización de las políticas post-coloniales. Sobrepassa nuestra perspectiva el “teorizar” estas políticas - cualquier cosa que esto pueda significar en este momento en la historia del pensamiento social occidental-. Sin embargo, hemos argumentado que, dada la manera en que se insertan en la historia mundial, estas políticas presentan tres características destacables. Cada una representa una intensificación del predicamento *sui generis* de las naciones-

estado contemporáneas, un corolario de la cara cambiante del capitalismo, y todas ellas están interconectadas. La primera es la transfiguración del sujeto político modernista: un movimiento que se *aleja* del sentido de pertenencia en una comunidad homogéneamente imaginada, conformada por individuos que se comportan correctamente para *acercarse* a otro lugar en el que la diferencia es endémica e irreductible, en el que la política subsume a las personas en una cadena de identidades y derechos diversamente constituidos; *de* un énfasis en la ciudadanía basada en la “profunda fraternidad horizontal” en que todas las demás conexiones son secundarias *hacia* otra en la que cada persona nacional es un “accionista” verticalmente arraigado en un cuerpo corporativo, como arraigan las plantas en el suelo; *desde* la noción de que la adhesión se puede adquirir por igual a través de la adscripción, la residencia, la inmigración y la naturalización hasta *llegar* al convencimiento de la primacía de la autoctonía, convirtiéndola en lo más “auténtico”, el más esencial de los modos de conexión. La segunda es la lógica contradictoria de los límites de la soberanía: la necesidad simultánea de que estén abiertos a varios tipos de corrientes -de finanzas, trabajadores, mercancías, consumidores, infraestructuras- y, al mismo tiempo, lo suficientemente enclavados para ofrecer ventajas competitivas para la empresa global, y permitir la satisfacción de los intereses materiales de los ciudadanos nacionales. En otras palabras, casar todo tipo de diferencia, todo tipo de distinción entre lo local y lo foráneo, de cuyo capital transnacional pueden sacar provecho, y que posibilite que las naciones ricas puedan proteger sus esferas de influencia. La tercera es la despolitización de la política, su desplazamiento del dominio social y cultural, moral e ideológico hacia los dictados técnicos y aparentemente libres de valores del mercado - y sus formas concomitantes de “racionalidad” legal y económica-. También hacia los imperativos de la naturaleza, con independencia del modo en que estos hayan sido contruidos, diseminados o dados por hecho.

Póngase todo esto junto y se sobreentiende el pánico moral hacia los extranjeros. Analicemos el caso de los alienígenas humanos. Su simple existencia materializa la contradicción de los límites y las fronteras en la era del capital global. Por un lado, al cruzar estos límites, introducen valor en el mismo corazón de la política, ya hablemos de mano de obra barata y manejable para la agricultura o la industria, de vendedores ambulantes que trafican a bajo precio con comerciantes indígenas para el beneficio de los consumidores locales, de personas con poca cualificación, o lo que sea. Por otro, se les acusa de robar el trabajo y los beneficios a los nacionales, de minar la lucha de los trabajadores locales, de introducir enfermedades contagiosas en el país y de cometer, a través del tráfico de drogas y de personas, el tipo de crímenes que desintegra el propio tejido social. Y lo que es más, su presencia da pie a difíciles preguntas acerca de

la cambiante naturaleza de la ciudadanía política en la antigua colonia: dado que Sudáfrica, al igual que otros estados-nación, ha convertido en fetiche los derechos humanos, derechos que trascienden las estrechas identidades locales y fronteras de todo tipo, ¿no deberían los de fuera disfrutar de ellos como cualquier autóctono? ¿Qué es lo que separa los derechos del ciudadano de cualquier otro ser humano? ¿Con qué base se justifica esta discriminación contra los extranjeros en una sociedad centrada en erradicar el racismo en la naciente cultura nacional que habla el lenguaje del *ubuntu*, la africanidad común? Tomando en consideración la apoteosis del mercado libre, ¿porqué los extranjeros deben ser el objetivo del proteccionismo local? Es aquí, en suma, donde la ideología liberal de inclusión universal se enfrenta con las políticas de exclusión por las cuales la identidad es movilizadora para crear esferas de interés “cerradas” dentro de las “abiertas” economías neoliberales. Nótese aquí también la despoliticación de la política en el tratamiento del extranjero como espectro, así como del desplazamiento hacia un discurso tecnicista sobre la demografía y la sociología económica, sobre la salud y la enfermedad, sobre las patologías sociales y la criminalidad.

Mucho de lo dicho hasta ahora se puede aplicar también al problema de la vegetación invasora. Hemos comprobado cómo ésta puede ser, simultáneamente, el medio de vida de una persona y el apocalipsis para otra. El *passage* a través de las fronteras, entre plantas o entre personas, ilumina todas las contradicciones de apertura y cierre, de regulación y de ausencia de regulación, de la otredad y la indigenización: ¿Es la jacaranda, “casi el árbol nacional”, un sudafricano naturalizado?, ¿O es un odiado intruso? El hecho de que se haya convertido en el sujeto de irónicos comentarios sobre racismo subliminal y limpieza étnica - algo casi impensable no hace mucho- deja claro cómo la preocupación acerca de los límites, la pertenencia, la autoctonía y la *alien*-nación se ha implantado recientemente. Por supuesto este no es sino un pequeño paso para trasladar esta problemática al dominio de lo humano. ¿Quién *es*, exactamente, un sudafricano? Como esto sugiere, la transferencia de profundas cuestiones políticas al reino vegetal es un ejemplo dramático del proceso de despoliticación del que hemos hablado. Mientras no cabe duda de que los verdaderos temas de la ecología *han* surgido por el efecto de la vegetación importada en los incendios e inundaciones -aunque, como ya hemos dicho, la gravedad de estos hechos *no* debe ser infravalorada-, el esfuerzo por construir una nación que tenga como referencia la retórica de la exclusión, una retórica validada en tanto que apela a las exigencias, aparentemente neutras, de la botánica y de las ciencias del medio ambiente, es un sólido ejemplo de naturalización al que ahora volveremos.

Pero antes de esto, sin embargo, vamos a hacer un paréntesis. Resulta evidente que Sudáfrica no está sola en su obsesión con los *aliens* y con la *alien-nature*. Antes hemos visto que muchos países, algunos antiguas colonias y otros no, están atrapados en pánicos morales similares. Estos estados-nación poseen una característica común: todos fueron antiguos importadores de trabajadores y son centros de capital -y, como tales, nexos de riqueza en medio de una economía mundial de enorme desigualdad- en donde los buscadores de trabajo y cazadores de fortuna son percibidos, en el imaginario popular, como una masa ingente de individuos que continuamente atraviesan unas fronteras desprotegidas, con la intención de acaparar los escasos puestos de trabajo y expoliar los pocos recursos que quedan, en perjuicio de los nativos. Esta pesadilla generalizada evoca exactamente las mismas ansiedades a las que hemos aludido al hablar de Sudáfrica. Existen, como todos sabemos, precedentes históricos. Pánicos similares sobre la inmigración y el sentimiento de pertenencia sobre la inclusión y la exclusión, han tenido lugar de manera sistemática al final de las épocas imperiales, cuando las personas que proceden de “posesiones allende los mares” han intentado entrar en la “madre patria” sólo para ver cómo les es negada, como sujetos coloniales, la ciudadanía y los beneficios de la soberanía que esta condición conlleva.

Pero queda aún un tema recurrente sin resolver: ¿Por qué *la naturaleza*? Aquí descansa el otro cabo de nuestra argumentación teórica que se refiere a la naturalización. En el centro de nuestro análisis están las siguientes afirmaciones: (a) que el fuego apocalíptico de Ciudad del Cabo, indeterminado por su proximidad a los propios sucesos acaecidos, sirvió de excusa para que saliera a la luz el pánico sobre la vegetación foránea, un pánico (b) que cristalizó miedos incoados aún no definidos sobre la naturaleza extraña, dándoles nombre y lanzándolos al centro de la consciencia pública; (c) que esto se debe, fundamentalmente, al hecho de que la ansiedad sobre la flora extranjera, aunque suficientemente real en y por sí misma, fue, al mismo tiempo, una proyección metonímica de cuestiones más profundas que tenían que ver con el estado postcolonial, con la naturaleza de las fronteras de la soberanía, con los derechos de los ciudadanos dentro de éstas, con el significado y la pasión inherente al hecho de la pertenencia a una nación y, en particular, con la tendencia a invocar “la autoctonía” para responder dichas preguntas, tanto de un modo pragmático como figurado.

Es aquí cuando la naturalización entra en escena. Recordemos que este término, como hemos puntualizado, ha tenido clásicamente dos connotaciones contrapuestas. Una hace referencia a la asimilación de personas, signos y prácticas

foráneas en un mundo “en su sitio”. Su prototipo es la metamorfosis de las gentes de otras tierras en ciudadanos del estado-nación liberal. La otra, cuya genealogía remite a Marx, pasando por Gramsci hasta llegar a Foucault, nos habla del despliegue de la naturaleza como excusa, como fértil alegoría que nos ayuda a representar a *algunas* personas y objetos como extraños para, de este modo, autentificar los límites del orden (“natural”) de las cosas; al tiempo que ayuda también a introducir nuevas distinciones sociales y políticas. Es tentador invocar, para el caso sudafricano, otra connotación más -que debemos a Durkheim- según la cual los procesos en la naturaleza son un reflejo directo de los procesos en la sociedad. Algunos comentaristas locales hicieron justamente esto, como ya hemos visto, al encontrar en el pánico a las plantas invasoras el espejo en el que se reflejaba la ansiedad con respecto a los inmigrantes. Pero esta lectura de los acontecimientos es insuficiente. En cualquier lugar la naturaleza está implicada, de una forma dinámica, en las prácticas sociales por las que la historia y la ideología se construyen la una a la otra. El despliegue de la controversia sobre las plantas indígenas y la naturaleza foránea se convirtió en el vehículo para el debate público, aún inconcluso, acerca de la correcta constitución de la política, más allá de los límites de la pertenencia, de los términos en los que la nación, el bienestar común y los sujetos interesados deben ser constituidos en la era del capitalismo mundial y de los derechos humanos universales. Y, al hacer esto, se permite verbalizar ansiedades y problemas que no pueden ser canalizados con facilidad mediante la política tal y como la conocemos. Es más: al desplazar el argumento sobre los foráneos hacia el reino vegetal, se hizo posible, por analogía, contemplar y legitimar la discriminación contra esos seres humanos que no estaban incluidos en el cuerpo de la nación, aquellos que se veían situados fuera de las corrientes del nuevo orden mundial. Se dio carta de nacimiento, aunque sin retenderlo, a una nueva forma post-racista de racismo; una forma de racismo que, plasmada en el lenguaje de la autoctonía y de la naturaleza importada, viene a coexistir sin fisuras con la cultura transnacional de los derechos universales.

Esto implica que los discursos de la naturaleza iluminan claramente las acciones y acontecimientos cotidianos a través de los cuales están siendo recreadas en la antigua colonia las definiciones de pertenencia y ciudadanía -así como las de su lado oscuro: las políticas de exclusión-. En particular iluminan el interrogante de porqué la autoctonía -un modo de atadura que liga a las personas a un lugar, que naturaliza la nación, que autoriza derechos- se ha vuelto tan central en una época en la que la nacionalidad aparece como algo clave y, sin embargo, en crisis, en la que las fronteras aparecen en todo lugar como paradojas, en la que una sitiada imaginación política se afana por construir sentido del ser social en un mundo guiado por la filosofía del *laissez faire*.

Agradecimientos. Hemos acumulado varias deudas en el transcurso de la redacción de este ensayo. La primera es hacia nuestro hijo, Joshua Comaroff, un arquitecto cuyo profundo conocimiento del paisaje nos ha llevado a muchas discusiones sobre el tema; él estuvo con nosotros en Ciudad del Cabo en el momento en el que los acontecimientos aquí descritos tuvieron lugar y participó en la elaboración de nuestro análisis. Najwa Hendrickse, de la *National Library of South Africa*, nos ayudó con el trabajo de documentación yendo más allá de lo que el deber la obligaba a la hora de localizarnos textos imposibles. James Drummond, un geógrafo de la *University of North West*, nos dio la pista de referencias muy relevantes y de información crucial, de la que siempre ha sido una fuente inagotable y generosa. David Bunn y Steven Robins (*University of Western Cape*), como siempre, han sido interlocutores críticos: nuestras continuas conversaciones con ellos alimentan la mayor parte del trabajo que hacemos en Sudáfrica. Por último, Maureen Anderson, nuestra paciente y creativa *Research Assistant* en la Universidad de Chicago, que asumió nuestra habitual catarata de preguntas difíciles y peticiones inusuales. A todos ellos queremos dar nuestro cálido agradecimiento. Una versión anterior y más extensa de este ensayo ha sido publicada en Israel, en *Hagar: International Social Sciences Review*, 1, 1 (2000), pp. 7-40. Otra versión, muy similar a ésta, va a ser publicada en el *Journal of Southern African Studies*, en un número especial dedicado a Shula Marks, en cuyo honor fue escrito este texto.

Traducido por Marta Arroyo
Revisado por María Cátedra

NOTAS

* Nota del traductor: a lo largo de todo el texto los autores juegan con la riqueza polisémica del término *alien* en el lenguaje anglosajón. Este no sólo hace referencia a los seres extraterrestres sino a las plantas y a los extranjeros, lo que proviene de fuera, lo que no pertenece a la comunidad, lo diferente. En el texto se alternan distintas traducciones en la medida en que se pueda encontrar algún equivalente en castellano, respetando el término original cuando esa traslación de sentido no sea posible.

¹ MERTEN, M. 'The Week The Cape Burned', *Mail & Guardian*, 21-27 de enero de 2000, p.6.

² MERTEN, M. 'A Chronology of Destruction', *Mail & Guardian*, 21-27 de enero de 2000, p.7; V. Foxcroft, 'Flames Past, Present - and Future?' *Cape Times*, 3 de febrero de 2000, p.11; 'Kaap Lek Sy Wonde; Weskus Veg Met Uit Noorde', *Die Burger*, 21 de enero de 2000, p.1; 'Bokkie se Trane', *Die Burger*, 22 de enero de 2000, p.8.

- ³ JOSEPH, N. 'Man Arrested For Beating Up Young Fire Bug', *Cape Argus*, 2 de febrero de 2000, p.5.
- ⁴ DAVIS, M. 'Los Angeles after the Storm: The Dialectic of Ordinary Disaster', *Antipode*, 27 (1995), pp. 221-41.
- ⁵ JORDAN, B. 'Ash City: Why the Fires Were So Bad', *Sunday Times*, 23 de enero de 2000, p.7.
- ⁶ Guy Preston, consejero especial de Ronnie Kasrils, *Minister of Water Affairs and Forestry*; citado en YELD, J. 'Force Landowners to Clear Invading Alien Plants', *Sunday Argus*, 22-23 de enero de 2000, p.7.
- ⁷ YELD, J. 'Force Landowners', p.7; L. DE VILLIERS, J. *Chair of Peninsula Mountain Forum*, 'Take Decisive Steps to Avoid Future Fire Disaster', carta dirigida al *Cape Times*, 28 de enero de 2000, p.11.
- ⁸ 'Ukuvuka the Biggest Ever', editorial, *Cape Times*, 7 de febrero de 2000, p.10.
- ⁹ COWLING, R. y RICHARDSON, D. (1995) *Fynbos: South Africa's Unique Floral Kingdom*. Cape Town: Fernwood Press, p.21, sugiere que el nombre puede reflejar el hecho de que los primeros colonos holandeses encontraban estas especies vegetales del Cabo demasiado finas para ser utilizadas como madera.
- ¹⁰ KRUGER, F. (compilador, 1978) *A description of the Fynbos Bioma Project. A report of the Committee for Terrestrial Ecosystems, National Programme for Environmental Sciences*. Pretoria, Cooperative Scientific Programmes, Council for Scientific and Industrial Research; DAY, J., SIEGFRIED, W., LOUW, G., y JARMAN, M. (eds. 1979) *Fynbos Ecology: A Preliminary Synthesis*. South African National Scientific Programmes, Report n°40. Pretoria, Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research.
- ¹¹ HALL, A., 'Invasive Weeds', en J. Day et al (eds.), *op. cit.*, p.134.
- ¹² YELD, J. 'Wake Up Cape Town', *Cape Argus*, 7 de febrero de 2000, p.1.
- ¹³ Richard Cowling, destacado especialista conocedor del bioma fynbos del Cabo, citado en 'The Peninsula's Fynbos Will Flourish Again', *Sunday Argus*, 29 de enero de 2000, p.6.
- ¹⁴ CHIP, 'They Seem to Have a Problem With Aliens', *Cape Argus*, 27 de enero de 2000, p.23.
- ¹⁵ POWELL, I. y HOGAN, H. 'First Fires, Now Floods- Next Frogs?', *Mail & Guardian*, 11-17 de febrero de 2000, p. 9.
- ¹⁶ MACLEOD, F. 'The Trees That Caused All The Trouble', *Mail & Guardian*, 11-17 de febrero de 2000, p.8.
- ¹⁷ Guy Preston, el experto que dijo haber encontrado relación entre la vegetación importada y los incendios en el Cabo (ver arriba, n.7); MACLEOD, F. 'The Trees That Caused All The Trouble', p.8 (Ver arriba también).
- ¹⁸ BURBIDGE, M. 'The Best Little Whorehouse in the Civil Service', *Saturday Star*, 12 de febrero de 2000, p. 1-2.
- ¹⁹ BRAND, R. 'US-Style Bid to Rid SA of Illegal Aliens', *The Star*, 14 de febrero de 2000, p.1.
- ²⁰ MERTEN, M. 'Blame it on the Weeds', *Mail & Guardian*, 21-27 de enero de 2000, p.7.

- ²¹ GESCHIERE, P. y NYAMNJOH, F. 'Capitalism and Autochtony: The Seesaw of Mobility and belonging', en COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L. (eds., 2000), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Edición Especial de *Public Culture*, 12,2, (Primavera 2000), pp. 423-52.
- ²² CRUSH, J. , JEEVES, A. y YUDELMAN, D. (1991) *South Africa's Labour Empire: A History of Migrancy to the Gold Mines*. Cape Town: David Philip.
- ²³ REITZES, M. , 'Alien Issues', *Indicator*, 12,1 (1994), p.7.
- ²⁴ DAVIDSON, B. (1992) *The Black Man's Burden: Africa and the Curse of the Nation-State*. New York: Times Books.
- ²⁵ BAYART, J. (1993) *The State in Africa: Politics of the Belly* (New York, Longman, 1993), p.x.
- ²⁶ Ver e.g. HARBESON, J., ROTHCHILD, D. y CHAZAN, N. (eds., 1994), *Civil Society and the State in Africa*. Boulder: Lynne Rienner.
- ²⁷ Ver e.g. ROITMAN, J. 'The Garison- Enterpôt', *Cahiers d' Etudes africaines*, 150-152, XXXVIII, 2-4 (1998), pp. 297- 329; KORTEN, D. (1996) *When Corporations Rule the World*. East Hartford CT: Kumarian Press.
- ²⁸ COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L. (eds. 1999) *Civil Society and the Political Imagination in Africa: Critical Perspectives*. Chicago, University of Chicago Press; COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L., 'Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming', en COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L. (eds. 2000), 'Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism', Edición Especial de *Public Culture*, 12, 2 (primavera de 2000):291-343.
- ²⁹ Ver e.g. WORBY, E. 'Tyranny, Parody, and Ethnic Polarity: Ritual Engagements with the State in Northwestern Zambia', *Journal of Southern African Studies*, 24, 3, (1998), pp.560-78.
- ³⁰ Nótese, en relación a esto, la observación de Appadurai, realizada hace una década, de que el guión que une la nación-estado es menos un icono de conjunción que un índice de disjunción; APPADURAI, A., 'Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy', *Public Culture*, 2 (1990), p.14.
- ³¹ MBEMBE, A. 'Provisional Notes on the Postcolony', *Africa*, 62, 1(1992), p.3.
- ³² WORBY, 'Tyranny, Parody, and Ethnic Polarity', pp.560,562; tras el texto de MBEMBE, Provisional Notes on the Postcolony', p.3f.
- ³³ COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L., 'Millennial Capitalism'.
- ³⁴ ANDERSON, B. (1983) *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- ³⁵ BERLANT, L. (1991) *The Anatomy of National Fantasy: Hawthorne, Utopia and Everyday Life*. Chicago: University of Chicago Press.
- ³⁶ Ver, por ejemplo, HEGEMAN, S., 'Shopping for Identities: A Nation of Nations and the Weak Ethnicity of Objects', *Public Culture*, 3, 2 (1991), pp.71-92; COOMBE, R. (1998) *The Cultural Life of Intellectual Properties: Authorship, Appropriation and the Law*. Durham: Duke University Press.

- ³⁷ HARVEY, D. (1990) *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell, p.108.
- ³⁸ Ver, por ejemplo, 'Official Figures for Brain Drain Released', *The Star*, 14 de marzo de 2000, p.2.
- ³⁹ KADALIE, R. 'Defy Barney`s Thought Police', *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p.31.
- ⁴⁰ DARIAN-SMITH, E. (1999) *Bridging Divides: The Channel Tunnel and English Legal Identity in the New Europe*. Berkeley: University of California Press.
- ⁴¹ SEABROOK, J. 'Racists and Hipocrites', *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p. 22.
- ⁴² Ver ABU EL-HAJJ, N. 'Genetic Research and the Politics of Identity at the Turn of the Millennium' (propuesta de investigación no publicada, Chicago, 2000).
- ⁴³ MANGCU, X. 'The Score So Far: Poverty Alleviation O, Soccer World Cup 10', *The Sunday Independent*, 12 de marzo de 2000, p.8.
- ⁴⁴ RADEBE, H. 'Time We Became a Bit More Neighbourly', *The Star*, 16 de marzo de 2000, p. 13.
- ⁴⁵ YELD, J. 'The Peninsula`s Fynbos Will Flourish Again', *Saturday Argus*, 29-30 de enero de 2000, p.6.
- ⁴⁶ FRASER, M. y McMAHON, L. (1988) *A Fynbos Year*. Cape Town: David Philip, p.155.
- ⁴⁷ BOND, W. 'What Important Question Remain Unanswered in the Fynbos Biome', en MARAIS, C. y RICHARDSON, D. (eds., 1993), *Monitoring Requirementd for Fynbos Management*, A Collaborative Report of the Fynbos Forum Group, Foundation for Research Development Programme Report Series 11 (diciembre de 1993), pp. 13-17.
- ⁴⁸ RICHARDSON, D. y COWLING R. , 'Why is Mountain Fynbos Invasible and Which Species Invade?', en VAN WILGEN, B., RICHARDSON, D., KRUGER, F. y VAN HENSBERGEN, H. (eds.1992) *Fire in South African Mountain Fynbos, Ecological Studies*, Vol. 93. Berlin, Springer Verlag, pp.161-181; MANDERS, P., y RICHARDSON, D. 'Colonization of Cape Fynbos Communities by Forest Species', *Forest Ecology and Management*, 48 (1992), pp. 277-293.
- ⁴⁹ Ver e.g. STIRTON, C. (ed., 1978) *Plant Invaders: Beautiful But Dangerous*. Cape Town, Departament of Nature and Environmental Conservation, p. 8.
- ⁵⁰ HARVEY, W. (1859-65) *Flora Capensis: Being a Systematic Description of the Plants of the Cape Colony, Caffraria Port Natal*. Dublin: Hodgess, Smith & Co.
- ⁵¹ BOLUS, H. 'Sketch of the Flora of south Africa', en la obra de NOBLE, J. (ed., 1886), *The Official Handbook of the Cape of Good Hope*. (Cape Town, The Columbian and Indian Exhibition Committee), pp. 286-317.
- ⁵² FRASER y McMAHON, *A Fynbos Year*, p. 119.
- ⁵³ LEVYNS, M., 'The Flora of the Cape Mountains', *Journal of the Mountain Club of South Africa*, 39 (1936), pp. 16-20; ADAMSON, R., 'The Cape as an Ancient african Flora', *The Advancement of Science*, XV, 58 (1958), pp. 118-127.

⁵⁴ ACOCKS, J., (1953) *Veld Types of South Africa*. Botanical Survey of South Africa, Memoir 28, p. 13.

⁵⁵ Esto fue confirmado por botánicos que trabajaban en el bioma fynbos, a pesar de que el término parece que apareció por primera vez publicado en 1916 (Dave Richardson, comunicación personal). Su uso regular en los círculos académicos empieza en los primeros años 70. El término aparece, por ejemplo, en una lista de clases impartidas en la *Summer School* de la *University of Cape Town* en 1972, y en el artículo de F. KRUGER en el *South African Wild Life Management Association's Second International Symposium* (Pretoria, 1977) y cuyo título era 'Ecology and Management of Cape fynbos: Towards Conservation of a Unique Biome Type'. Nosotros, ciertamente, no podemos recordar que el término estuviera en circulación mientras crecíamos en el Cabo.

⁵⁶ MUNNIK, L. , 'Foreword', en la obra de STIRTAN, C. (ed., 1978), *Plant Invaders: Beautiful But Dangerous*. Cape Town, Departament of Nature and Environmental Conservation, p.7.

⁵⁷ KRUGER, 'Ecology and Management of Cape Fynbos'.

⁵⁸ Las culturas y la ecología están a menudo específicamente ligadas en este proceso. Algunos conservacionistas, como Fakir, de hecho afirman que "la conservación de la biodiversidad debe interesarse también por la preservación de las culturas indígenas..."; FAKIR, M. , 'Biodiversity and Biotechnology in South Africa: Some Issues for the Development of Future Policy', (Land and Agriculture Policy Centre, informe de Trabajo 3, Universidad de Witwatersrand, 1994), p. 4.

⁵⁹ ADAMSON, R., 'Vegetation of the South-West Region', incluido en la obra *The Botanical Features of the South Western Cape Province*. (Cape Town: The Specialty Press of South Africa, 1929), pp. 15-39.

⁶⁰ ACOCKS, *Veld Types of South Africa*, pp.14, 17.

⁶¹ COWLING y RICHARDSON, *Fynbos*, p. 21.

⁶² CRONON, W. (1983) *Changes in the Land: Indians, Colonist, and the Ecology of New England*. Nueva York: Hill & Wang, p.10.

⁶³ MANDERS, P., RICHARDSON, D., y MASSON, P., P.H. 'Is fynbos a Stage in Succession to Forest? Analysis of the Perceived Ecological Distinction Between Two Communities', en la obra de VAN WILGEN, B., RICHARDSON, D., KRUGER, F. y VAN HENSBERGEN, H. (eds.1992) *Fire in South African Mountain Fynbos, Ecological Studies*, Vol. 93. Berlin, Springer Verlag, 1992), pp. 81-107; ver también la obra de GANDAR, M. y FOSTER, S. 'Impact of Commercial Afforestation on Rural Areas of South Africa' (Land and Agriculture Policy Centre, Informe Político 14, Universidad de Witwatersrand, 1994), p. 19.

⁶⁴ CRONON, *Changes in the Land*, p.10.

⁶⁵ Ronnie Kasrils, citado en el artículo de YELD, J., 'Invasive Plants are Costing SA Dearly', *The Star*, 24 de febrero de 2000, p. 9.

⁶⁶ WACE, N. 'Naturalized Plants in the Australian Landscape', en HEATHCOTE, R. (ed.) para el International Geographical Congress de 1988, *The Australian Experience* (Melbourne, Logman Chesire, 1988), pp. 139-150; CARR, G , ROBIN, J., y ROBINSON, R. , 'Environmental

Weed Invasion of Natural Ecosystems: Australia's Greatest Conservation Problem', extraído de GROVES, R. Y BURDEN, J. (eds., 1986), *Ecology of Biological Invasions: an Australian Perspective*. Canberra: Australian Academy of Science, p. 150.

⁶⁷ JORDAN, B., 'Ash City', p. 7.

⁶⁸ MERTEN, M. 'Blame it on the Weeds', p. 7.

⁶⁹ Por ejemplo, en recientes escritos australianos los procesos de naturalización están alcanzando gran protagonismo, asumiendo que (a) lo exótico de ayer puede ser lo nativo de hoy; y que, a partir de aquí, (b) separar las especies naturalizadas de las autóctonas es, cuando menos, un proceso impreciso; ver WACE, 'Naturalized Plants in the Australian Landscape', p. 139 (ver también más abajo).

⁷⁰ FRASER y MCMAHON, *A Fynbos Year*, p.147.

⁷¹ CODY, M. y MOONEY, H. 'Convergence Versus Non Convergence in Mediterranean Climate Ecosystems', *Annual Review of Ecology and Systematics*, 9 (1978), pp. 265-321.

⁷² HALL, 'Invasive Weeds', en la obra *Fynbos Ecology*, p. 134.

⁷³ YELD, 'Force Landowners', p. 7.

⁷⁴ Ver el texto anónimo, *The Green Cancers in South Africa* (sin datos de la editorial, 1959).

⁷⁵ HALL, 'Invasive Weeds', en *Fynbos Ecology*, p. 135; I. MACDONALD, JARMAN, M. Y BEESTON, P. (eds., 1985) *Management of Invasive Plants in the Fynbos Biome*, South African National Scientific Programmes, Report nº 111. Pretoria: Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research.

⁷⁶ HALL, 'Invasive Weeds', en *Fynbos Ecology*, pp. 135, 139.

⁷⁷ HALL, 'Invasive Weeds', en *Fynbos Ecology*, pp.1 p. 151; ver también MACDONALD *et al* (eds.), *Management of Invasive Alien Plants*.

⁷⁸ HALL, 'Invasive Weeds', en la obra *Fynbos Ecology*, pp. 140.

⁷⁹ DAY et al (eds.), *Fynbos Ecology*; FRASER y McMAHON, *A Fynbos Year*; COWLING, R., LE MAITRE, D., McKENZIE, B., PRYS-JONES, R. y VAN WILGEN, B. (eds., 1987), *Disturbance and the Dynamics of Fynbos Biome Communities*, A Report of the Committee for Terrestrial Ecosystems. South African National Scientific Programmes, Report nº. 35. Pretoria, Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research.

⁸⁰ MARLOTH, R. 'Notes on the Question of Veld- Burning', *South African Journal of Science*, 21 (1924), pp. 342- 345; ADAMSON, 'The Cape as an Ancient African Flora'.

⁸¹ En 1687, se aprobó una ley en Ciudad del Cabo que imponía un "severo escarmiento" para el delito de quema no autorizada de terrenos; los reincidentes eran castigados con la muerte; F. Kruger, 'Fire', en la obra de DAY et al (eds.), *Fynbos Ecology*, p.43.

⁸² VAN WILGEN et al (eds.), *Fire in South African Mountain Fynbos*; Kruger, 'Fire'

⁸³ FRASER y McMAHON, *A Fynbos Year*, p. 140.

⁸⁴ KRUGER, 'Fire', p.44; VAN RENSBERG T. (1987) *An Introduction to Fynbos*. Pretoria: Departamento de Asuntos del Medioambiente, Boletín 61, p. 41.

⁸⁵ KRUGER, 'Fire'.

⁸⁶ VAN RENSBURG, *An Introduction to Fynbos*, p. 41.

⁸⁷ Ver FERIS, M., 'Scientifics Pour Cold Water on Global-Warming Claim', *The Star*, 17 de febrero de 2000, p. 3.

⁸⁸ 'Totaalplan Teen Brande', *Die Burger*, 21 de enero de 2000, p.8; 'Regering en Dienste Moet Beter Koördineer- Minister', *Die Burger*, 22 de enero de 2000, p. 3; 'Bokkie se Trane', *Die Burger*, 22 de enero de 2000, p. 8.

⁸⁹ No asombra, pues, que fueran tan rápidos al preguntar a los primeros grupos de voluntarios encargados de erradicar las plantas invasoras sobre los distintos usos que se podían dar a los árboles talados. Se han hecho esfuerzos, bajo el programa *Working for Water* (ver más abajo), para desarrollar una industria secundaria utilizando la madera de los árboles importados

(<http://www.dwaf.pwv.gov.za/idwaf/Projects/WFW/Secondary%20Industries.htm>).

⁹⁰ En la campaña nacional para extirpar las plantas invasoras, el uso de madera foránea en el ámbito doméstico ha sido presentado como un deber patriótico; véase 'Hack Day 2000', un suplemento especial para conmemorar la Water Week, *The Star*, 20 de marzo de 2000.

⁹¹ JORDAN, 'Ash City', p.7.

⁹² VAN WYK, B. y GERICKE, N. (2000) *People's Plants: A Guide to Useful Plants of South Africa*. Pretoria: Briza, p. 284.

⁹³ PRESTON, G. 'Loving the Alien', carta publicada en Mail & Guardian, 18- 24 de febrero de 2000, p. 29.

⁹⁴ Ver por ejemplo los esfuerzos de Richard Cowlinge encaminados a recordar a todos que "el fuego en el bioma fynbos es normal"; YELD, 'The Peninsula's Fynbos Will Flourish Again', p. 6.

⁹⁵ Fue sustituida por el Aliens Control Act 96 de 1991 y enmiendas posteriores.

⁹⁶ Ver HALL, 'Invasive Weeds', p. 138. En este contexto, el apoyo del gobierno provenía principalmente del , a través del Department of Agriculture Technical Services a través de su Plant Protection Research Institute.

⁹⁷ [Http://www-dwaf.pwv.gov.za/idwaf/projects/WFW/Default.htm](http://www-dwaf.pwv.gov.za/idwaf/projects/WFW/Default.htm).

⁹⁸ WEISS, A. 'Alien Plants Plea by Asmal Rejected: Dispute Over Water Supply', *Cape Argus*, 3 de julio de 1997, p.4.

⁹⁹ 'Asmal Defends Pay for Rain Plan', *Cape Argus*, 5 de mayo de 1997, p. 22.

¹⁰⁰ Ukuvuka, Xhosa, "to wake up"; tal y como hemos visto, la imagen de la "llamada de alarma" era omnipresente en este discurso. Consultar B. WEST, "'Firestop' Launched to Save Mountains", *Cape Times*, 7 de febrero de 2000, p.1; YELD, 'Four Fire- Hit Hotspots Get Top Priority in R3,6m Rescue Effort', *Cape Argus*, 21 de febrero de 2000, p.2.

¹⁰¹ SOAL, J. 'Working for Water Has Deal with Forestry on Alien Plants', *Cape Times*, 22 de febrero de 2000, p. 3.

¹⁰² DE VILLIERS, 'Take Decisive Steps', p.11.

¹⁰³ YELD, 'Wake Up Cape Town', p. 1-2.

¹⁰⁴ Dr. B. McKenzie, citado en 'Many Lesson to be Learnt from Fires, Floods', *The Star*, 15 de febrero de 2000, p.9.

¹⁰⁵ Ver, 'Hack Day 2000', suplemento especial publicado para la Water Week, *The Star*, 20 de marzo de 2000.

¹⁰⁶ Dirigido al International Symposium on Best Management Practices for Preventing and Controlling Invasive Alien Species, Kirstenbosch (Cape Town), 22-24 de febrero de 2000 (en prensa); ver también Yeld, 'Invasive Plants are Costing SA Dearly', p. 9.

¹⁰⁷ MERTEN, M., 'Erradicating Invasive Aliens', *Mail & Guardian*, 3-9 de marzo de 2000, p.33.

¹⁰⁸ Mensaje del Presidente Mbeki, leído por Valli Moosa, Ministro de Environmental Affairs and Tourism, en el International Symposium on Best Management for Preventing and Controlling Invasive Alien Species, Kirstenbosch (Cape Town), 22- 24 de febrero de 2000: ver también BLIKSEM, K., 'Only the Truly Patriotic Can Be Trusted to Smell the Roses, and Weed them Out', *Sunday Independent*, 22 de febrero de 2000, p.8.

¹⁰⁹ BLIKSEM, 'Only the Truly Patriotics Can be Trusted to Smell the Roses', p. 8.

¹¹⁰ MOLL, E. y MOLL, G (1994) *Common Trees of South Africa* (Cape Town, Struik, 1994), p. 49.

¹¹¹ Una controvertida investigación para desvelar posibles sesgos racistas, obvios y "subliminales", en los principales periódicos del país, se estaba llevando a cabo bajo la supervisión de la Comisión de Derechos Humanos en esa época; complétese esta información con el artículo de RAPITI, E., 'Journalists Must Do Their Jobs Without Interference', carta dirigida al *Mail & Guardian*, 10-16 de marzo de 2000, p. 28.

¹¹² LAZAR, C. 'Forget Alien Plants, What About Guns?', *The Star*, 7 de marzo de 2000, p.8; para ver una replica al Working For Water Program, léase la carta que B. van Wilgen dirigió a *The Star*, el 14 de marzo de 2000, p.9.

¹¹³ AKEN'OVA, M., 'Loving the Alien', *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p. 29.

¹¹⁴ RADEBE, 'Time We Became a Bit More Neighbourly', p. 13..

¹¹⁵ SINCLAIR, 'Unwilling Aliens: Forced Migrants in the New South Africa', *Indicator*, 13, 3 (1996), pp. 14- 18; REITZES, 'Alien Issues'.

¹¹⁶ RADEBE, 'Persecuted For an Incorrect Facial Structure', *The Star*, 16 de marzo de 2000, p.10; L. MADYWABE, 'My Four Hours as an Illegal Immigrant', *Mail & Guardian*, 3- 9 de marzo de 2000, p. 16.

¹¹⁷ MADYWABE, 'My Four Hours as an Illegal Immigrant', p. 16.

¹¹⁸ Estos convenios dictaminaban los términos en los que se debían de realizar los contratos laborales y las retribuciones económicas y decretaban qué trabajadores extranjeros podían unirse a los sindicatos; REITZES, 'Alien Issues', p.8.

¹¹⁹ Consúltense las conclusiones del South African Migration Project, resumido en CARTER, C. y HAFFAJEE, F. 'Immigrants are Creating Work- Not Taking Your Jobs', *Mail & Guardian*, 11-17 de septiembre de 1998, p. 3; y también MATISONN, J. 'Aliens Have Many Years' Respite in SA', *The Sunday Independent*, 19 de marzo de 2000, p.3.

¹²⁰ Complétese con COMAROFF, J. y COMAROFF, J.L., 'Alien-nacion: Zombies, Immigrants, and Millennial Capitalism', *Codesria Bulletin*, 3/4 (1999), pp. 17- 28.

¹²¹ SALOPEK, P. 'Mandela Stresses Success, Struggle', *Chicago Tribune*, 6 de febrero de 1999, p.3.

¹²² ADAM, H., VAN ZYL SLABBERT, F, y MOODKEY, K. (1998) *Comrades in business: Post-Liberation Politics in South Africa*. Cape Town: Tafelberg, p. 209.

¹²³ Reitzes, 'Alien Issues', p. 8.

¹²⁴ Dado que la franja del mercado de trabajo más afectada por la reducción drástica de empleo fue la que comprende los salarios más bajos -donde los servicios de asistencia social están también más acentuados- el sentimiento contra lo foráneo se ha dirigido de manera contundente hacia los africanos. Los inmigrantes asiáticos, europeos y de otros países occidentales, considerados más ricos y mejor formados, son bienvenidos hasta el punto de que se ha anunciado recientemente la intención de políticas para fomentar este tipo de inmigración cualificada. Complétese con RADEBE, 'Time We Became a bit More Neighbourly', p. 13; K. MAGARDIE, 'Skilled Immigration to be Encouraged', *Mail & Guardian*, 11- 16 de marzo de 2000, p. 37.

¹²⁵ Por ejemplo, el *African Chamber of Hawkers and Informal Business* afirma que los inmigrantes ilegales ponen en peligro el trabajo de sus miembros. El *South African Congress of Trade Unions* ha amenazado declararse en huelga si se contratan extranjeros no sindicados y el *Freedom Party* de Inkatha ha advertido que llevará a cabo "acciones físicas" si el estado fracasa en su propósito de "tomar medidas drásticas"; ver REITZES, 'Alien Issues', p. 8. La prensa, sobretodo, ha sido repetidamente acusada de fomentar la xenofobia; ver por ejemplo P. DUBE, 'Media Berated for Stoking Xenophobia', *The Sunday Independent*, 27 de febrero de 1999, p. 3.

¹²⁶ 'Jobless Mob Goes on Death Rampage', *Cape Argus*, 4 de septiembre de 1998, p. 9.

¹²⁷ AMUPADHI, T. 'African Foreigners Terrorized', *Mail & Guardian*, 18- 23 de diciembre de 1998, p.3.

¹²⁸ SINCLAIR, 'Unwilling Aliens', p. 16. Nuestras observaciones en la provincia North West confirma esto. Una carta dirigida al periódico *The Mail* (Mafikeng) por un "aldeano preocupado", por ejemplo, denunciaba a dos "inmigrantes ilegales" que llevaban negocios en las afueras de la ciudad y los acusaba de "robar a los ciudadanos sudafricanos que trabajan duro"; 'Illegal Aliens- Where's the Justice?', *The Mail*, 23 de julio de 1999, p. 4.

¹²⁹ Esta campaña es una iniciativa conjunta de la Comisión de Derechos Humanos, el *National Consortium on Refugee Affairs* y la *High Commission on Refugees* de las Naciones Unidas; KEBEDE, M., 'Don't Let this be a Curse', *Cape Argus*, 12 de enero de 2001, p. 11. Una exhibición titulada *Kwere Kwere: Journeys into Strangeness*, organizada en el Castillo de Good Hope en Ciudad del Cabo entre marzo y abril de 2000, fue apoyada por el *Arts and Culture Trust of the President* y el *National Arts Council of South Africa*.

¹³⁰ ‘Brothel Raided’, *Pretoria News*, 3 de marzo de 2000, p. 1; ‘Brothel Owner Granted Bail of R10 000’, *The Star*, 7 de marzo de 2000, p. 2.

¹³¹ MALULEKE, E. ‘Bitter Informants Flush Out Successful, but Alien Celebs’, *City Press*, 13 de febrero de 2000, p. 3.

¹³² TSEDU, M., ‘Illegals Deserve Better Than This’, *The Star*, 20 de marzo de 2000, p. 12; Radebe, ‘Time We Became a Bit More Neighbourly’, p. 13.

¹³³ ‘121 Illegal Immigrants Held in Swoop East of City’, *Pretoria News*, 3 de marzo de 2000, p.3; ‘Police Raid Sex Club’, *Sunday Times*, 19 de marzo de 2000, p. 4.

¹³⁴ MADYWABE, ‘My Four Hours as an Illegal Immigrant’, p. 16; MITCHELSON, L., ‘Anti-Crime Blitz Should be Extended to All Suburbs’, carta dirigida al periódico *The Star*, 17 de marzo de 2000, p.7.

¹³⁵ No eran las primeras noticias de violencia en el centro, propiedad de un consorcio que incluía miembros de la “elite luchadora”. En este caso, la embajada del Camerún elevó una protesta formal contra el gobierno sudafricano; BANDA, C., y CLIFFORD, G., ‘Cameroon to Lodge Protest Over Repatriation Center Beating’, *The Star*, 17 de marzo de 2000, p. 1. Ver también TSEDU, ‘Illegals Deserve Better Than This’, p. 12.

¹³⁶ Ver ‘We Should See Human Rights Body as Our Ally’, comentario especial del editor de *The Sunday Independent*, 19 de marzo de 2000, p. 1. Las *Alien s Control Acts* de 1991 también recogieron su parte de críticas y los funcionarios del gobierno reconocieron que su aplicación era “arbitraria y subjetiva”; vease SINCLAIR ‘Unwilling Aliens’, p. 15; MATISSON, ‘Aliens Have Many Year’s Respite in SA’, p. 3.

¹³⁷ MITCHELSON, ‘Anti-Crime Blitz Should be Extended to All Suburbs’, p. 7.

¹³⁸ FRIEDMAN, S. ‘Action With Too Little Discussion’, *Mail & Guardian*, 24- 30 de marzo de 2000, p. 25.

¹³⁹ GESCHIERE y NYAMNJOH, ‘Capitalism and Autochthony’, p. 423- 425.

RESUMEN

Este ensayo examina la situación del estado-nación postcolonial a través del prisma de la catástrofe medio ambiental: cómo las plantas «invasoras» pueden llegar a ser un apremiante problema político y lo que esto puede revelar acerca de las cambiantes relaciones entre ciudadanos, comunidad y soberanía nacional bajo condiciones neo-liberales. Siguiendo estas cuestiones en relación al caso de la «nueva» Sudáfrica, planteamos tres características claves de las políticas postcoloniales en una era del *laissez-faire*: la refiguración del sujeto-ciudadano, la crisis de las fronteras de soberanía y la despolitización de la política. Bajo tales condiciones los «invasores» -tanto plantas como personas- terminan encarnando básicas contradicciones de frontera y pertenencia; la naturaleza extraña (*alien-*

natura) proporciona un lenguaje para proclamar nuevas formas de discriminación en plena cultura del «post-racismo» y los derechos civiles.

ABSTRACT

This paper examines the predicament of the postcolonial nation-state through the prism of environmental catastrophe: how is it that plant “invaders” can become an urgent political issue, and what might this reveal of the shifting relations among citizenship, community, and national sovereignty under neo-liberal conditions? Pursuing these questions in relation to a case from the “new” South Africa, we posit three key features of postcolonial polities in an era of *laissez-faire*: the refiguration of the subject-citizen, the crisis of sovereign borders, and the depoliticization of politics. Under such conditions, aliens ^ both plants and people ^ come to embody core contradictions of boundedness and belonging; and alien-nature provides a language for voicing new forms of discrimination amidst a culture of “post-racism” and civil rights.